

FIVE

t on

0M D

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

LAS DE CAÍN

COMEDIA EN TRES ACTOS



MADRID
1917

LAS DE CAÍN

SEGUNDA EDICIÓN

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

LAS DE CAÍN

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada el 3 de octubre de 1908 en los Teatros de la Comedia, Eldorado, San Fernando y Rosalía de Castro, de Madrid, Barcelona, Sevilla y Vigo, respectivamente.



MADRID

1917

MADRID.—Imp. Clásica Española, Cardenal Cisneros, 10.—Teléf. 4430

AL INSIGNE MAESTRO DE LA NOVELA

Y DEL TEATRO

DON BENITO PÉREZ GALDÓS

SUS APASIONADOS

ADMIRADORES Y DEVOTÍSIMOS AMIGOS

LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA ELVIRA HORCAJO DE CAÍN	Irene Alba.
ROSALÍA	Nieves Suárez.
MARUCHA	Concha Ruiz.
ESTRELLA	Mercedes Pérez de Vargas.
AMALIA	María Carbone.
FIFÍ	Esperanza Bedoya.
DOÑA JENARA	Julia Martínez.
BRÍGIDA	Ana Quijada.
DON SEGISMUNDO ÇAÍN Y DE LA MUELA	José Santiago.
EL TÍO CAYETANO	Rafael Ramírez.
ALFREDO	Manuel González.
MARÍN	José Calle.
PEPÍN CASTROLEJO	Ernesto Vilches.
TOMÁS	Juan Catalá.
UN GUARDA	Pedro Zorrilla.
EMILIO VÁZQUEZ	Antonio Suárez.
UN BARQUILLERO	Emilio Ruiz Santiago.
UN LACAYO	N. N.
UN POLLITO	Emilio Ruiz Santiago.

En Barcelona, Sevilla y Vigo, estrenaron esta comedia, respectivamente, las compañías de Balaguer y Larra, Rosario Pino y Emilio Thuillier, y Carmen Cobeña.

ACTO PRIMERO

Pequeña glorieta entre las alamedas frondosas de un paseo público, en Madrid. Tres bancos de piedra: dos de ellos en el primer término de la derecha y de la izquierda, y uno al foro. Es por la mañana, en el mes de abril.

Tomás está sentado en el banco de la derecha del actor, estudiando en unos apuntes. Es un jovenzuelo de la clase media, que viste sencillamente y sin aliño alguno.

TOMÁS. *Después de un rato de lectura.* ¡Qué pesado es esto!... ¡Qué opio!... ¡Lo que me importará a mí que paguen o no paguen derechos de aduanas las esponjas! *Deja los apuntes sobre el banco, y se pone a cantar una cancioncilla ligera, para explayar su espíritu.*

El Guarda del paseo sale por la izquierda y se dirige a él.

GUARDA. Buenos días, señorito.

TOMÁS. Buenos días.

GUARDA. Usté despense una pregunta.

TOMÁS. Si no ha de ser del programa, venga.

GUARDA. ¿Esas señoritas, usté me comprende, que vienen a esta glorieta muchas mañanas, y que ayer también estuvieron, me comprende usté, sabe usté si han perdido aquí alguna cosa?

TOMÁS. Hombre, sí: echaron de menos un abanico.

GUARDA. Un abanico. ¿Usté lo conoce?

Tomás. Es posible.

Guarda. A ver si es éste por un casual. *Le da uno que trae guardado.*

Tomás. Sí, señor: éste es. Tiene aquí el nombre de la dueña.

Guarda. Pues si el señorito quiere hacerme el favor de entregárselo...

Tomás. Ya lo creo. Y muchas gracias.

Guarda. No las merece, señorito. Es el deber de uno, en concencia. Porque si uno, ¿usté me comprende? se encuentra una cosa que no es suya, ¿me comprende usté? uno, ¿usté me comprende?...

Tomás. ¡Vaya si lo comprendo a usted! *Le da una propina.* Tome para unos cigarrillos.

Guarda. Se estima. No quería yo nada; pero se estima. Porque ya sabe el señorito que lo que caiga en mis manos seguro lo tiene. Lo mismo le entrego a usté esa porquería de abanico que una alhaja de precio.

Tomás. Ya, ya.

Guarda. *Mirando hacia la derecha del foro.* ¡Anda con Dios! ¡Qué bestias son algunas! Y no es criticación.

Tomás. ¿Por qué lo dice?

Guarda. ¡Arrepare usté en aquella niñera! Ya se sentó en el verde. Ni que la regañe ni que no, toas las mañanas ha de hacer lo mismo. ¡Al verde! Paece que en lugar de chicos trai borregos. *Chillándole y yéndose hacia ella.* ¡Eh! ¡Señora! ¡Que no está usté en su casa! ¡Señora!

Por la izquierda del foro llega Pepín Castrolejo, antes que desaparezca el Guarda. Es un gomosillo adinerado, de poquísimo fósforo en la mollera y con pretensiones de hombre de mundo.

Pepín. Hola, Tomás.

Tomás. Hola.

Pepín. ¿No han venido las niñas todavía?

Tomás. Todavía no.

Pepín. Bueno, vamos a ver: ¿cuál es el *colmo...?*

Tomás. Hombre, ¿ya empieza usted con *colmos* y con chistes?

Pepín. ¡Si no tengo otra cosa que hacer! Éste me ha desvelado toda la noche. Se me ocurrió al meterme en la cama, y no lo he podido dejar. ¿Cuál es el *colmo...?* No; no... Por más que sí... ¿Cuál es el *colmo* de la costurera interesada?

Tomás. ¡Qué sé yo!

Pepín. Fíjese usted, hombre: el *colmo* de la costurera interesada.

Tomás. No lo acierto; no.

Pepín. ¡Hacerle el amor a un guarda-agujas! ¡Jeeeee! *Se ríe de una manera muy peculiar*, *como siempre que tiene algún chispazo de ingenio.*

Tomás. ¡Vamos!

Pepín. Esta tarde lo digo en el Círculo y me tiran por el balcón. ¿Y usted estaba estudiando?

Tomás. Por matar el tiempo, mientras viene la novia...

Pepín. ¿Se prepara usted para Aduanas, eh?

Tomás. Todos los años me preparo para alguna cosa. Pero no me presento nunca. Usted calcule: siempre son tres o cuatro mil opositores y cuatro o cinco plazas..... ¿Y va a estar una de las cuatro o cinco esperando a que yo llegue y la coja? ¡Eso es soñar despierto!

Pepín. Entonces, ¿para qué se prepara usted?

Tomás. Si en realidad no me preparo: hago que estudio, por no disgustar a mi madre. Y me dedico a hablar con la novia. En la vida se aprende más que en los libros.

Pepín. ¡Oh! ¡Qué peste de libros! Los libros son para los sabios. Yo, gracias a Dios, acabé ya mi ca-

rrerita, y no perderé la vista leyendo, como no sean novelas verdes. ¡Jeeeee!

TOMÁS. ¿Qué carrera tiene usted?

PEPÍN. ¡Vaya una pregunta! La de abogado. Me consiguió papá un pase de ferrocarriles, y he visto todas las Universidades de España. Lo que yo le decía a papá: ¡esto sí que es una carrera! ¡Jeeeee!

TOMÁS. Como que no se puede estudiar. Y menos cuando se acerca mayo, que es cuando suele hacer más falta. ¡Se pone Madrid que no hay quien coja un libro! ¡Qué cielo! ¡Qué muchachas! ¿Qué tal lleva usted sus pretensiones?

PEPÍN. Viento en popa a toda vela. Yo de leyes no sabré, pero de estos lances...

TOMÁS. Donde tiene usted que venir es a la casa, por las noches. ¡Son unas tertulias deliciosas!

PEPÍN. ¿Sí, eh? ¿Se juega al escondite?

TOMÁS. Se juega, se juega. Y cuidado que la mamá se cala a lo mejor las gafas negras, y no sabe usted cuándo lo está mirando.

PEPÍN. ¡Jeeeee! ¡Lo que me gustan a mí esos detalles! ¿Qué tiempo lleva usted de relaciones con Amalia?

TOMÁS. Cinco o seis meses. La pretendí por no estudiar; entré en relaciones con ella por no estudiar... y vengo aquí algunas mañanas y voy a su casa de noche, por no estudiar.

PEPÍN. Pues yo, la verdad, amigo — confianza por confianza, — me he acercado al río por ver lo que se pesca, naturalmente. No se vaya usted a figurar que soy tan tonto como para tomarlo en serio.

TOMÁS. Ah, pues viva usted alerta.

PEPÍN. ¿Alerta?

TOMÁS. ¿Usted no tiene noticias de esa familia?

PEPÍN. Muy pocas. Sé que don Segismundo, el papá — ¡qué gran tipo! — es profesor de lenguas vivas, y que las niñas son muy cursilitas, las pobres.

TOMÁS. Pues veo que está usted en ayunas. ¡Las de Caín son famosas en todo Madrid! Mire usted, es tradicional: muchacho que entra en aquella casa, ése ya no sale soltero.

PEPÍN. ¡Caramba!

TOMÁS. Así, así. Las hermanitas eran ocho. Pues sólo en el año pasado se casaron tres.

PEPÍN. Y ¿usted no tiene miedo?

TOMÁS. Yo, ninguno. Si fuera un partido, lo tendría; ¡pero si soy una calamidad! Sin dinero, sin carrera, sin ganas de estudiarla, ¿qué padre me va a querer a mí para una hija? Sobre que, en último caso, lo mismo se me da casarme que no casarme: ¡con tal de no hacer oposiciones, todo va bien!

PEPÍN. ¡Ay, qué gracia!

TOMÁS. Pero usted, que es hombre de cuartos, y de posición, y de... ándese con ojo.

PEPÍN. No sea usted criatura, Tomás. Bueno, como usted apenas me conoce, no sabe la clase de punto que soy yo. Pregúnteles usted a los camareros de la Bombilla. ¿Qué apostamos a que hoy me declaro a la niña esa... y el mes que viene ya he pasado del primer capítulo?

TOMÁS. Usted allá.

Se presenta por la derecha del foro, paseando reposadamente, el tío Cayetano. Es un señor omnipotente, que está hueco. A un pájaro que mire en la rama, es para brindarle protección. Viste bien, pero a gusto del sastre. A pocos pasos lo sigue un Lacayo, con un gabán de entretiempo al brazo.

TÍO CAYETANO. *Reparando en Tomás.* ¡Oiga! ¡Qué encuentro más inesperado! ¡Tomasillo!

TOMÁS. *Acercándosele.* ¡Señor don Cayetano! ¿Cómo está usted?

TÍO CAYETANO. Bien, ¿y tú, perillán?

TOMÁS. ¡Se vive! A dar un paseíto, ¿no?

TÍO CAYETANO. Y a tomar mi vaso de leche. Yo, desde que entra abril, ya se sabe: como se me ocurra pasear alguna mañana, no perdono mi vaso de leche. ¿Y tú?

TOMÁS. Esperando a la novia.

TÍO CAYETANO. Me lo había figurado. Yo también he tenido tu edad.

TOMÁS. Suele venir toda la familia algunas mañanas, y nos apropiamos esta glorieta, que está muy agradable.

TÍO CAYETANO. Eso iba yo a decirte: que está muy agradable esta glorieta. Luego volveré yo por aquí a saludar a los parientes. *A Pepín.* ¿Usted es hijo de mi amigo Manolo Rebolledo?

PEPÍN. No, señor; no tengo ese gusto.

TÍO CAYETANO. ¡Pues se le parece usted muchísimo!

TOMÁS. Creí que se conocerían ustedes. *Presentándolos.* Don Cayetano de la Banda. Pepín Castrolejo, como se le llama en todas partes.

TÍO CAYETANO. ¡Ah! ¡Castrolejo! ¿Es usted hijo de mi amigo Pepe Castrolejo?

PEPÍN. Servidor de usted.

TÍO CAYETANO. ¡Pues también se le parece usted muchísimo! *Dándole la mano.* Puede usted mandarme como quiera. Y tú, Tomasillo, a ver cuándo me pides un favor, que me eres muy simpático.

TOMÁS. Gracias.

TÍO CAYETANO. ¿Gustan ustedes de tomar conmigo mi vaso de leche?

PEPÍN. Gracias.

TOMÁS. Muchas gracias.

TÍO CAYETANO. Mandar.

Se va por la izquierda seguido del pobre Lacayo.

PEPÍN. ¿Quién es este pavo real, compañero?

TOMÁS. Supuse que se lo sabría usted de memoria. Éste es el famoso tío Cayetano.

PEPÍN. ¡Ah!

TOMÁS. ¿No le ha oído usted nunca a doña Elvira hablar del corazón del tío Cayetano?

PEPÍN. Sí, hombre, sí.

TOMÁS. Pues ahí lo tiene usted.

PEPÍN. ¡Qué bombos le da doña Elvira a toda la familia! ¡Jeeeee!

TOMÁS. Ah, sí. ¡Y qué besos! Este fantasmón es hermano de una cuñada de ella, y hombre influyente; tan influyente como rico. Fué ministro un cuarto de hora. Tomándose medida del uniforme le sorprendió la crisis.

PEPÍN. ¡Jeeeee!

TOMÁS. Le engorda, como habrá usted notado, proteger al prójimo, y para las sobrinas es una verdadera lotería. La historia de todos los solterones. Siempre que usted les vea trapitos nuevos o alguna alhajilla, atribúyaselos al tío Cayetano. Porque las lecciones de idiomas de don Segismundo, y las traducciones de novelas, no dan para ciertos perfiles.

PEPÍN. Allí vienen. Las cinco hermanas, el papá y la mamá.

TOMÁS. Sus futuros suegros de usted.

PEPÍN. ¡Un demonio! ¡La trampa en que haya de caer yo, no se ha fabricado todavía! ¡Jeeeee!

TOMÁS. ¿Vamos a salirles al encuentro?

PEPÍN. Vamos.

Se van por la derecha. El Guarda aparece en dirección opuesta y se cruza con ellos. Viene liando un cigarrillo.

GUARDA. ¡La pacencia que es menester pa ser

guarda de un paseo público! Cuando no son niñeras, son amas, y cuando no son amas, son estitutrices. Pero ¡anda! que to se pué pasar bien menos los edilios. ¡Los edilios me atacan la bilis! Y esta que viene aquí es la familia de los edilios. ¡Pacencia! Haber nacío estatua, que ésas lo ven to tranquilamente.

Se marcha por el foro, volviendo la cara hacia la derecha.

Llega, en efecto, la anunciada familia de los «edilios»: don Segismundo Caín y de la Muela, doña Elvira Horcajo de Caín y sus bellas hijas Rosalía, Marucha, Estrella, Amalia y Fifí. Las cinco visten sombreros y trajes de la misma forma. Rosalía y Marucha de un color, y las otras de otro. Todo ello cuidadito y pulcro: sin pretensiones; nada cursi.

La mamá, que frisa con los cuarenta y cinco años, se retoca y acicala todo lo que puede, dentro de su modestia. Aunque ha tenido ya ocho hijas, se conserva tan tiesa y firme, que bién pudiera tener otras ocho.

El señor Caín pasa de los cincuenta. Su rostro es bonachón y dulce; más bien que de Caín, parece de Abel. Usa chaqué, hongo de copa plana, botines y unos pantalones bien anchos. En la mano izquierda trae un libro y varios periódicos, y en la diestra un bastón, regalo del tío Cayetano.

Tomás vuelve de palique con Amalia y Pepín Castrolejo con Estrella. Estos últimos ríen más que hablan. Los unos se sientan a poco en el banco de la derecha, y los otros en el de la izquierda. Don Segismundo y doña Elvira en el del foro.

ROSALÍA. *Como buscando a alguien.* ¿Pero se ha escondido ese tonto?

TOMÁS. ¿Quién?

ROSALÍA. Alfredo.

TOMÁS. ¿No le he dicho a usted que no ha venido aún? ¿Piensa usted que es broma?

MARUCHA. *En un tono mimosito, lleno de malicia y coquetería, que es característico en ella.* La tiene tan mal acostumbrada...

DON SEGISMUNDO. *Recreándose en las enamoradas parejas.* ¡Ay, ay, ay!

«Au corps sous la tombe enfermé
que reste-t-il? D'avoir aimé
pendant deux ou trois mois de mai.»

¿No te parece, Elvira?

DOÑA ELVIRA. No te he entendido, Segismundo.

TOMÁS. Ni yo tampoco. ¿Es latín?

DON SEGISMUNDO. *Siempre lisonjero con el prójimo que le conviene.* ¡Ja, ja! ¡Donosa pregunta! ¡Latín! *Traduciendo.* «¿Qué le queda al cuerpo en la tumba? Haber amado durante dos o tres primaveras.» ¿Es oportuna la cita, sí o no?

PEPÍN. ¡Extraordinariamente oportuna!

TOMÁS. ¡Ya lo creo que lo es!

ESTRELLA. Salvo lo de la tumba, papá; que no viene a nada.

ROSALÍA. *Impaciente.* ¿Pero y Alfredo? ¿Qué le habrá sucedido a Alfredo?

DOÑA ELVIRA. Mujer, ya sabes que no falta jamás. Alguna razón habrá tenido el chico para retrasarse.

DON SEGISMUNDO. Poderosa habrá sido seguramente; porque a Alfredo lo comparo yo con Amadís de Gaula. *Se dedica a leer sus periódicos.*

MARUCHA. Anda tú, Rosalía; no pienses más en Alfredo; ya vendrá Alfredo. Vamos a dar un paseíto hasta la Fuente. No me digas que no.

ROSALÍA. ¡Vamos hasta la Fuente! Y si llega Alfredo mientras tanto, que me aguarde. ¿No lo estoy esperando yo a él?

MARUCHA. ¿Vienes con nosotras, Fifí?

Fifí. *Sollozando y acompañando su negativa con movimientos de cabeza.* No... que no voy...

Marucha. ¿Por qué?

Fifí. Porque... no... no voy...

Rosalía. Pero ¿qué te pasa, Fifí?

Fifí. Que antes... antes... me dijo Marucha... que no me quería...

Marucha. ¡Pero te lo dije de broma!

Rosalía. ¡Pues claro! No seas tonta, Fifí.

Marucha. Acompáñanos, y por el camino te diré que te quiero más que a ninguna.

Fifí. Entonces... vamos.

Rosalía. Vamos, vamos.

Doña Elvira. No os alejéis mucho. Hasta la Fuente nada más.

Tomás. *Levantándose un momento del lado de su novia.* Ah, Maruchita.

Marucha. ¿Qué?

Tomás. El abanico que había usted perdido.

Marucha. ¿Pareció?

Tomás. El guarda lo tenía. Me he estado abanicando con él, y me ha contado dos o tres secretillos.

Marucha. ¿Míos?

Tomás. De usted. Y que pican que rabian.

Marucha. ¡Ay, qué malo es usted, Tomás! Amalia, tu novio es muy malo; me está diciendo cosas malas. Dile que no me diga cosas malas.

Amalia. ¿Qué te ha dicho?

Tomás. La verdad: que su abanico me ha contado unos cuantos secretos terribles.

Amalia. ¡Pues sí que hay para mandarte a presidio!

Marucha. Es muy malo, muy malo. Ten cuidado con él, que es muy malo.

Rosalía. Y tú eres tan tonta como Fifí. Deja en paz a ésos, y vente. *A Fifí.* ¡Anima tú esa cara, chi-

quilla! ¡Jesús, qué pavisosa! ¿A que no me alcanzáis? *Echa a correr y se va por la izquierda.*

MARUCHA. ¿A que sí? *Corre tras ella vivamente.*

FIFÍ. *Afligidísima.* ¡Papá... papá!... ¡Que me dejan sola!

DON SEGISMUNDO. Pues, hija, corre; que tú estás en la edad más que ellas.

DOÑA ELVIRA. ¡Pobrecita mía! Ven acá, Fifí; ven acá. Ven que te abroche este automático de la falda. *Lo hace.* Y ahora dame un beso. *La besa con gran efusión, como siempre que besa esta señora.* Ea, corre con tus hermanas. *Fifí se va sin alterarse grandemente.* ¡Angel mío! ¡Qué corpachón ha echado! ¡Y qué monísima está! ¡Qué mona! ¿Verdad, Segis?

DON SEGISMUNDO. Muy mona, muy mona.

DOÑA ELVIRA. ¡Y tan inocentita como se conserva! *Saca las gafas negras de que Tomás ha hablado, y se las cala, por si las novias y los novios no son ya tan inocentes como Fifí.* ¡Jesús! ¡Cómo me molesta el resol!

DON SEGISMUNDO. Elvira, tienes que cuidarte esos ojos, que me trastornaron un tiempo.

DOÑA ELVIRA. ¡Ay!... ¡Qué tiempo, Mundo!

DON SEGISMUNDO. No evoques...

TOMÁS. *Bajo, a Amalia.* Ya se caló tu mamá las gafas negras, y ya estoy yo nervioso.

AMALIA. Simple, si se las pone para ver menos.

TOMÁS. Sí, sí.

AMALIA. Pero qué poco galante eres.

TOMÁS. ¿Por qué?

AMALIA. Porque traigo el peinado que a ti te gusta, y no me has dicho una palabra.

TOMÁS. ¡Es verdad! Perdóname.

AMALIA. ¿Me está bien?

TOMÁS. ¡Te está para comerte!

AMALIA. ¿Y las uñas? Míralas: parecen espejos. Puedes verte en ellas.

Tomás. ¡Como que dan ganas de comerse los deditos con chocolate!

Amalia. Chico, qué hambre tienes.

Tomás. En cuanto te veo se me despierta.

Amalia. Pues mucho cuidado con las gafas negras de mamá.

Atraviesa el Guarda de izquierda a derecha, mirando con indignación contenida a los tres grupos.

Pepín. Vamos a ver: ¿cuál es el *colmo* de la dicha de un pretendiente?

Estrella. *Con vehemencia y cierta afectación nerviosa de que hace siempre gala.* Ay, por Dios, Pepín, cállese usted ya. Es usted incansable. ¿Cómo ha dicho usted?

Pepín. El *colmo* de la dicha de un pretendiente.

Estrella. No caigo; soy muy torpe.

Pepín. Pues que le dé su pretendida un *sí*... con colmo. ¡Jeeeee! *Se ríe según costumbre, y ella lo secunda como si en efecto hubiera dicho una gracia.*

Estrella. ¡Jesús, qué diablo de hombre! ¡Qué cosas idea! Estoy ya mala de reír. Y yo me temo: cuando me pongo a reír así, me temo. En el teatro, como lo que den sea de risa, llamo la atención. Me temo; me temo. Soy tan nerviosa, ¿sabe usted?... que no sé contenerme. Me temo.

Pepín. Dichoso yo, que le he caído a usted tan en gracia.

Estrella. Sí, por cierto; me es usted muy simpático.

Pepín. Todo se pega, ¿no?

Estrella. Y le advierto a usted que traía poquísimas ganas de risa. Si no es porque usted me esperaba no vengo hoy.

Pepín. ¿Y eso?

Estrella. He pasado una noche muy mala.

Pepín. Pues que sea enhorabuena.

Estrella. ¿Enhorabuena?

Pepín. Si la noche era *mala*, y la ha *pasado* usted... ¡Ojalá me ocurriera a mí lo mismo con un duro que nadie me toma! ¡Jeeeee!

Vuelta a la risa de los dos.

Estrella. *Levantándose de pura admiración.* ¡Es usted de lo que no hay! ¡Papá, papá: le digo a Pepín que he pasado muy mala noche, y me felicita porque era mala y la he pasado! ¡Como si fuera una moneda! ¡Ja, ja, ja!

Don Segismundo. *Dándose con los dedos de una mano en el dorso de la otra, en son de aplauso.* ¡Ja, ja! ¡Mucho; mucho! Eso es de buena ley. ¡Mucho; mucho!

Doña Elvira. Esta Estrella, Pepín — ¡hija de mi vida! — se vuelve loca con las ocurrencias de usted. Como es usted tan ingenioso...

Pepín. No... por Dios... Es que son ustedes muy amables conmigo. *A Estrella, que ha vuelto a sentarse.* ¿Y se puede saber por qué ha pasado usted tan mala noche? Sin chistes ahora.

Estrella. Psche... Ha habido de todo... ¡Unos sueños!... ¡unas pesadillas!... Y mucho desvelo. Y yo me temo cuando me desvelo; me temo. Porque es un desate de la imaginación y de todo el sistema nervioso... que ya le digo a usted: me temo; me temo. ¿Usted duerme bien?

Pepín. Siempre. Y desde que tengo el gusto de tratarla a usted, mejor todavía.

Estrella. ¿Sí? ¿Por qué?

Pepín. Porque *da usted el opio.* ¡Jeeeee!

Nuevas risas.

Estrella. ¡Ay, pero por María Santísima, pero qué hombre, pero qué ingenio, pero qué torrente... pero qué cosa!

Pepín. Se conoce que me inspira usted; que es usted mi musa.

Estrella. Usted tendrá la misma chispa con todas. ¿Ha estado usted alguna vez enamorado?

Pepín. ¿Enamorado? Infinitas veces. Unas más graves que otras; pero infinitas veces. Cosa de atarme, sólo una.

Estrella. Cosa de atarlo, dice...

Pepín. ¿Y usted, ha querido a alguien en este mundo?

Estrella. ¡Ni lo permita Dios, Pepín! No me hable usted de amores. Me temo; me temo enamorada. Soy una mujer que tiene un corazón tan ardiente, y que quiere de un modo, Pepín, que me temo; me temo.

Pepín. Pues... de amores deseaba yo hablar con usted hoy mismito.

Estrella. Mire usted que me temo, Pepín; que me temo.

Pepín. Mejor. ¿Y a mí, me teme usted?

Estrella. A usted, no; es usted un buen amigo mío...

Pepín. ¿Y si aspirara a ser algo más?

Estrella. Que me temo, Pepín; que me temo.

Pepín. ¡Encantado yo con esos temores! Bien claro me indican que ese corazoncito volcánico... tiene alguna lava para mí.

Estrella. Pepín, por Dios, que he pasado muy mala noche... que estoy muy nerviosa... No siga usted por ese camino... yo se lo ruego a usted. Otro día... mañana, si usted gusta, hablaremos del particular... Hoy me temo; me temo. ¿Quiere usted que vayamos dando un paseo hasta donde están mis hermanas?

Pepín. ¡Y hasta el fin del mundo!...

Estrella. ¡Pepín!... ¡Pepín!...

Pepín. Escuche usted: ¿en qué se parece el corazón de una mujer a un impermeable?

ESTRELLA. ¡Jesús, qué salida! No está mi ánimo para acertijos ahora. *Á Amalia y a Tomás.* ¿Estiramos un poco las piernas?

AMALIA. Las estiraremos.

TOMÁS. Admirable proposición.

DOÑA ELVIRA. Hasta la Fuente nada más, ¿eh? que yo no los pierda de vista.

PEPÍN. Descuide usted, señora. Aquí no hay ninguno tan listo que se pierda de vista. ¡Jeeeee!

Risas generales.

DON SEGISMUNDO. *Aplaudiendo.* ¡Mucho; mucho! De muy buena ley.

Se van por la izquierda las dos parejas. Doña Elvira se quita las gafas y se levanta a verlas marchar. Luego se acerca a su marido y le pregunta:

DOÑA ELVIRA. ¿Te satisface este Castrolejo para nuestra hija?

DON SEGISMUNDO. ¿Cómo no? ¿Crees tú que de no ser así le reiría yo esos chistes? *Se levanta y pasea unos momentos del brazo de doña Elvira.*

DOÑA ELVIRA. Me has convencido, Mundo; como siempre.

DON SEGISMUNDO. ¿Se te ocurre a ti algún reparo?

DOÑA ELVIRA. ¿Qué podré yo ver que tú no veas? Sin embargo, mi instinto de madre recela un poco de la formalidad de ese joven. Como su posición es muy superior a la nuestra, y estos ricos creen que el dinero todo lo allana... ¿Tú qué dices?

DON SEGISMUNDO. Que el instinto de madre no se engaña nunca. Estoy al cabo de la calle. Pepín, ciertamente, es algo calaverilla, algo ligero... Pero también es algo tonto. Esto me lo dice a mí mi instinto de padre. Encuentro yo que es el marido justo para una mujer tan avispada como Estrella. El matrimonio es equilibrio... Que siembre, que siembre... Por todas partes se va a Roma... Que siembre...

Doña Elvira. Mundo, Mundo, ¡qué talento te ha dado Dios! Y a mí, ¡qué gran fortuna con hacerte el padre de mis hijas, siendo yo una mujer vulgar y adocenada!

Don Segismundo. En nuestras hijas estriba todo mi talento. Con ocho hijas no hay modo alguno de ser torpe. ¿Quién era yo, cuando tuve la dicha de hallarte?

Doña Elvira. La dicha fué la mía, Segis.

Don Segismundo. De entrambos. Yo no era más que un humilde profesor de lenguas vivas. Pero me encontré en siete años con ocho lenguas vivas más, que empezaron a pedirme medias, y zapatos, y moños, y sombreros... ¡Hasta entonces no supe bien lo que eran lenguas vivas! Convéncete, esposa: se le aguza el ingenio a una puerta.

Doña Elvira. ¡Ay! Dios nos dé salud para ver a estas cinco palomas tan bien casadas como a las tres mayores.

Don Segismundo. Y aun mejor. En eso tengo gran confianza. Se me figura que le hemos cogido el tranquillo a esto de las bodas.

Doña Elvira. La de Tomás creo que va para largo. Es muy simpático, muy bueno; pero no tiene oficio ni beneficio, ni pariente ni *ambiente*.

Don Segismundo. Habiente has de decir, Elvira.

Doña Elvira. ¿Habiente? ¡Qué mal me suena eso!

Don Segismundo. Pues así es... Con Tomás me hago yo ilusiones, acaricio proyectos futuros... Ya saldrá, ya saldrá... Hay madera en él, hay un corazón; hay un hombre... Sin voluntad, sin rumbo todavía... que va donde lo lleva el viento... Pero el viento soy yo, ¿comprendes? Tomasito no necesita más que un par de lenguas vivas que le pidan pan por las mañanas, y se hará un mozo de provecho... Al tiempo, Elvira... Ya saldrá, ya saldrá...

Doña Elvira. Dime: ¿qué has hablado anoche con Rosalía, tocante a Alfredo?

Don Segismundo. ¡Ah! Algo muy profundo y de gran trascendencia.

Doña Elvira. ¿Sí?

Don Segismundo. Tal creo. Si me equivoco, rectificaré. Rectificar es de discretos, y de sabios equivocarse. Alfredo adora en Rosalía...

Doña Elvira. Y es natural que adore; porque Rosalía es tan buena, tan inteligente, tan guapa, tan graciosa, tan zalamera, tan viva de genio...

Don Segismundo. *Atajando el párrafo.* Extracta, porque la conozco. Pues bien: Alfredo habla ya de preparativos de boda; y esto, que desde su punto de vista es muy natural, a mí se me antoja prematuro.

Doña Elvira. ¿Prematuro que se case una hija nuestra? Es la primera vez. Me asombras, Mundo.

Don Segismundo. Te tranquilizaré en seguida. El amor de Alfredo a nuestra hija es grande, es intenso: de ese que no se borra fácilmente. El amor es siempre una fuerza; y como todo es poco para casar a cinco hijas, sobre todo después de haber casado a tres, yo pienso aprovechar la fuerza de ese amor, como aprovecha un ingeniero un salto de agua.

Doña Elvira. ¡Y todavía me permito yo hacerte observaciones!

Don Segismundo. Ya saldrá, ya saldrá... Se casarán Amalia, Estrella y Rosalía, y ya vendrán mientras los que hayan de ser compañeros en esta vida de Maruchita y de Fifí.

Doña Elvira. ¡Afortunados mortales! ¡Porque mira que Marucha es tan dulce, tan celestial, tan cariñosa!... Yo las quiero a todas igual — ¡entrañas mías! — pero Marucha tiene un encanto, un modo de expresarse, un mimo...

Don Segismundo. La conozco también.

Doña Elvira. ¡Y Fifí...!

Don Segismundo. Fifí, la pobrecita, es una castaña.

Doña Elvira. ¿Qué dices, Segis?

Don Segismundo. Que es una castaña. Si algún talento tengo yo, es el de ver las cosas a su luz verdadera. Ni el ser padre me pone una venda en los ojos. Fifí ha nacido tonta de capirote.

Doña Elvira. No la trates con esa dureza.

Don Segismundo. ¿Qué hablas de dureza? Por lo mismo que tiene esa desgracia la quiero más. Pero reconócelo: es tonta. Se le encoge el corazón y llora sin motivo alguno. Y ya la oyes tú por las noches: «¡Papá, que veo al demonio!» «¡Papá, que me tiran de los pies!» «¡Papá, que la sombra del sombrero me parece un bicho!» Rara es la noche que no le pide a una de sus hermanas que se la lleve a dormir con ella.

Doña Elvira. ¡Tiene diez y seis años!

Don Segismundo. A esa edad te casaste tú, y nunca se te ocurrió pedirme nada por el estilo.

Doña Elvira. Es verdad.

Don Segismundo. Pero no te apures: tonta y todo, la casaremos. La mujer debe marchar en la vida al lado de un hombre. Lo demás es contrario a naturaleza.—Te voy a convidar a barquillos. *Llamando a un Barquillero que, momentos antes, sale por el primer término de la derecha y cruza hacia el foro.* ¡Barquillero!

Barquillero. *Acercándose al grupo.* ¡Hola!

Don Segismundo. Vamos a ver si tengo buena mano. Toma. *Le da una moneda de diez céntimos.*

Barquillero. Puede usted tirar cuatro veces.

Don Segismundo juega.

Don Segismundo. ¡El uno! ¡También es desgracia!

Barquillero. Uno.

Don Segismundo. El cuatro.

Barquillero. Y cuatro, cinco.

Don Segismundo. ¿El uno otra vez?

Barquillero. Y uno, seis.

Don Segismundo. ¡Huy, que creí que pescaba el treinta!

Barquillero. Y dos, ocho.

Don Segismundo. Juega tú otra perrilla, Elvira, a ver si tienes mejor suerte. *Se la da al Barquillero.* Toma.

Doña Elvira. Vamos a ver. *Jugando.* El quince.

Don Segismundo. ¡Digo!

Barquillero. Y ocho del señor, veintitrés.

Don Segismundo. ¡Anda, morena!

Doña Elvira. ¡El ocho!

Barquillero. Y veintitrés, treinta y uno.

Don Segismundo. Sigue, sigue.

Doña Elvira. ¡El quince otra vez!

Barquillero. Y treinta y uno, cuarenta y seis.

Don Segismundo. ¡Atiza!

Barquillero. Y treinta, setenta y seis.

Doña Elvira. ¡El treinta!

Don Segismundo. ¡Buen tino! ¿eh?

Barquillero. ¡Vaya una tiraíta! *Se pone a contar los barquillos.*

Doña Elvira. ¿Ves cómo tengo más fortuna que tú, Segis?

Don Segismundo. En los barquillos, Elvira, en los barquillos.

Sale Alfredo por la derecha. Viene muy alegre.

Alfredo. ¡Buenos días! ¿Se juega a los barquillos, eh?

Don Segismundo. *Adelantándose a recibirlo.* ¡Queridísimo Alfredo de mi alma!

Doña Elvira. Por pasar el rato.

Alfredo. ¿Y las chicas?

Don Segismundo. Míralas allí.

Alfredo. Es verdad; que están en la Fuente. Ya me vió Rosalía.

Barquillero. *Dándole a doña Elvira dos banderillas de barquillos y otras dos a don Segismundo.* Tenga usted, señora. Tenga usted, señor. Pa todos hay.

Doña Elvira. Otro día escaparás mejor, hombre.

Barquillero. ¿Viene usté por aquí toas las mañanas?

Don Segismundo. ¡Ja, ja! ¡Es que Elvira, como ves, le ha vaciado el bombo!

Barquillero. *Marchándose.* De salú sirvan. ¡Barquillero! ¡Barquillos! ¡De canela!

Doña Elvira. ¿Gustas, Alfredo?

Alfredo. Muchas gracias.

Don Segismundo. Pues vamos allá, a que nos ayude aquella gente.

Doña Elvira. Vamos, sí. Aquí se acerca Rosalía.

Don Segismundo. A vosotros se os puede dejar solos. Y aun se os debe.

Alfredo. Hasta ahora.

Don Segismundo y doña Elvira se van por la izquierda. Alfredo mira hacia allá, sonriendo. Poco después aparece muy presurosa Rosalía.

Alfredo es vehemente, apasionado, de expresión viva y franca.

Rosalía es traviesa, zalamera, burlona. Está muy segura de sí misma y muy particularmente del efecto que le producen a su novio su frente, sus ojos, su boca... y aun su propia nariz.

Rosalía. Caballero, vengo extraviada. ¿Es usted forastero?

Alfredo. *Siguiéndole el humor.* No, señorita.

Rosalía. Pues tiene usted cara de *isidro*. ¿Me

hace usted el favor de decirme entonces cómo se llama esta glorieta?

ALFREDO. La de los *idilios* creo que la llama el guarda. ¿Por qué?

ROSALÍA. Porque hace media hora que debiera estar en ella mi novio, y por fuerza se ha confundido.

ALFREDO. ¡Qué tonto! ¡Confundirse, esperándolo usted!

ROSALÍA. No es tonto; es pillo.

ALFREDO. ¿Pillo?

ROSALÍA. O se lo hace. Ven acá: ¿de dónde vienes, que traes una guía para arriba y otra para abajo?

ALFREDO. ¿Que de dónde vengo? ¿Que de dónde vengo? ¡Ay, si tú supieras de dónde vengo!

ROSALÍA. Sí que traes una carita de pascuas... Lo de siempre: en cuanto andas lejos de mí, no te cambias por nadie.

ALFREDO. No me digas eso, Rosalía.

ROSALÍA. Pues te advierto una cosa: que si te gusta otra más que yo, tienes la puerta franca para irte. Ni me da un patatús, ni tomo cerillas, ni me pego un tiro, ni me arrojo al estanque. Al mes, otro novio: tengo los pretendientes así. Anda, anda; puedes irte si quieres. ¿No venías tan contento? Pues vete, vete allá. Donde sea, que tampoco me importa.

ALFREDO. Rosalía, sabes que esa broma me subleva.

ROSALÍA. Si no es broma, no.

ALFREDO. ¡Sí es broma, sí!

ROSALÍA. ¡No es broma!

ALFREDO. ¡Sí es broma!

ROSALÍA. *Mirándolo con coquetería.* Pues sí que es broma.

ALFREDO. ¿No ha de serlo? ¡Suponer tú que quiero a nadie, que pienso en nadie que no seas tú... tú, que eres mi vida entera!

ROSALÍA. ¿De verdad?

ALFREDO. ¡Yo no sé hablar sino de verdad cuando hablo de esto! ¡Si te llevo en el corazón y en el pensamiento a todas horas; de noche y de día!... ¡Si vas conmigo a todas partes!

ROSALÍA. Según donde tú vayas: cuidado.

ALFREDO. Yo no voy más que adonde puedas ir tú conmigo.

ROSALÍA. ¡Ole los santos de almanaque!

ALFREDO. ¡Ja, ja, ja!

ROSALÍA. ¡Lo que yo quiero a mi santito! Pero vamos a sentarnos; que santo y todo tienes que explicarme tu tardanza de hoy.

ALFREDO. ¡Oh! ¡Mi tardanza de hoy! ¡Mi tardanza!... Tú verás cómo me la agradeces.

Se sientan en el banco de la derecha. Pasa el Guarda en sentido contrario que antes.

GUARDA. (Edilios por arriba, edilios por abajo, edilios por delante, y edilios por detrás... ¿Hasta dónde estaré ya de edilios?) *Vase.*

ROSALÍA. Bueno: mírame a los ojos: ¿por qué has tardado? No lo pienses, no: vivo, vivo. Habla: ¿por qué has tardado?

ALFREDO. *Sonriendo, y dándole gran importancia a la revelación.* ¡Porque he estado en una tienda de muebles!

ROSALÍA. ¿A qué?

ALFREDO. A buscar una cosa.

ROSALÍA. Pues, chico, hacerme esperar por una mujer, ya es grave; ¡pero hacerme esperar por un mueble!...

ALFREDO. No es uno solo; son varios. Dos camas muy lindas, un lavabo, un armario de luna, dos mesas de noche, cuatro sillitas, dos butacas...

ROSALÍA. ¿Estás loco, Alfredo?

ALFREDO. ¡Loco estoy! ¡Por ti! ¡Y no quiero que

me pongas cuerdo; quiero seguir loco; eternamente loco y a tu lado! Verás lo que ocurre. Anoche, al volver a casa, me encontré una carta de papá. La aguardaba con impaciencia. Es contestación definitiva y categórica a dos o tres mías sobre lo mismo. ¿No ves? ¿No ves cómo tiemblo de gozo? ¡Te abrazaría de mejor gana que lo estoy diciendo!

ROSALÍA. ¡Pues ya iba a ser abrazo! ¡Porque los ojos te echan chiribitas!

ALFREDO. Bueno: mi padre me dice que, en efecto, él está ya cansado de visitar enfermos y de poner recetas; que su titular y sus visitas serán para mí; que en el pueblo se me recibirá con gran simpatía... y que no hay más que hablar: que me case, en vista de que no tengo remedio, y que me vaya allá con mi mujercita, cuanto antes mejor. ¿Qué te parece?

ROSALÍA. ¿Es muy grande el cementerio de ese pueblo?

ALFREDO. ¿A qué viene eso ahora?

ROSALÍA. Porque todo va a ser poco cuando tú empieces a recetar.

ALFREDO. ¡Déjate de chirigotas, Rosalía! *Observando que se ha quedado pensativa de pronto.* Pero ¿qué te ocurre? ¿Qué cara es esa? ¿No te alegras con lo que te he dicho?

ROSALÍA. ¿No he de alegrarme, tonto, si veo lo que me quieres, si te quiero yo más aún... y ese es tu porvenir y el mío?

ALFREDO. Entonces, no comprendo...

ROSALÍA. Alfredo, ¿tu cariño no es cosa pasajera, verdad? ¿Es de toda la vida, verdad?

ALFREDO. ¿Y tú me lo preguntas?

ROSALÍA. ¿Tú por nada ni por nadie dejarás de quererme?

ALFREDO. Pero ¡qué simpleza! Rosalía, me alarman tus palabras. ¿Por qué no has estallado de ale-

gría como yo, al oír lo que a mí me ha quitado el sueño esta noche?

Rosalía. *Con gravedad; retardando un poco la respuesta.* Porque yo, Alfredo, no puedo casarme por ahora.

Alfredo. ¿Cómo? ¿Qué? ¿Quién lo impide?

Rosalía. Nadie.

Alfredo. ¿Nadie?

Rosalía. Nadie más que yo.

Alfredo. ¿Tú, muchacha? ¿Estás en tu juicio?

Rosalía. Yo misma, yo. Yo, que he resuelto hace tiempo no dejar a mis padres hasta que se casen mis hermanas.

Alfredo. ¿Tus hermanas?

Rosalía. Sí.

Alfredo. ¿Las cuatro?

Rosalía. Las cuatro.

Alfredo. ¡Ave María Purísima! ¡Qué disparate!

Rosalía. Lo será para ti.

Alfredo. *Levantándose descompuesto.* ¡Y para cualquiera que discurra serenamente! ¿Quieres decirme qué... qué...?

Rosalía. ¿Qué?

Alfredo. ¿Qué origen, qué fundamento, qué *meollo* tiene esa resolución que has tomado?

Rosalía. Debieras comprenderlo sin decírtelo yo. A ti te consta que en mi casa soy poco menos que indispensable. No sólo le ayudo a mi padre en sus trabajos, que cada día lo rinden más y lo fatigan, sino que cuido de mis hermanas: que cuido de ellas en todos sentidos; tú lo sabes.

Alfredo. ¡Ah, pues que...!

Rosalía. ¿Qué?

Alfredo. Nada; iba a decir una tontería.

Rosalía. Mejor es que te la hayas callado.

Alfredo. ¡No extrañes que desafine, Rosalía, por-

que todo lo podía yo esperar menos esa pitada! ¿Tú has meditado bien lo que es en Madrid casar a cuatro niñas?

ROSALÍA. Nos iremos a Filipinas, si te parece.

ALFREDO. ¿Tú no consideras todo lo que hay que esperar para eso?

ROSALÍA. Pues esperamos.

ALFREDO. ¡Eso es: esperamos! ¿Y si no se casan?

ROSALÍA. Sí se casan.

ALFREDO. ¿Y si no se casan?

ROSALÍA. Si no se casaran, ya veríamos. Por ahora hay que esperar.

ALFREDO. ¡Ah, no, no! ¡Esto no puede tolerarse, Rosalía! Yo hablaré con tu padre...

ROSALÍA. Habla con quien quieras. ¡Bonito modo de alborotarse tiene el niño! ¡Vaya un cariño el tuyo! Al fin y al cabo, hombre. Tan egoísta como todos. En cuanto se os contraría en lo más mínimo, os ponéis por las nubes.

ALFREDO. ¿Cómo en lo más mínimo? ¿Pero a qué le llamas tú lo más mínimo? ¡A un hombre que está rabiando por casarse, le pides que se siente a la puerta, a ver si pasan novios para tus hermanas! ¡Rosalía, esto tiene todo el carácter de una burla!

ROSALÍA. Pues no lo es. Y a mí no me chilles: que lo que me sobran a mí son despachaderas para darte a ti pasaporte. Pero volando, ¿eh?

ALFREDO. ¡Rosalía!...

ROSALÍA. Nada, nada: aunque se te salgan los ojos del cráneo, no me caso mientras no se casen mis hermanas. Y si me apuras mucho, hasta que enviude una de ellas.

ALFREDO. *Va a contestarle destempladamente y se reprime.* Me voy: me voy... por no tener un disgusto serio.

ROSALÍA. Lo tendrías tú: yo me quedo tan fresca.

ALFREDO. *Cortando por lo sano.* Hasta luego... si voy a tu casa.

ROSALÍA. Allá tú.

ALFREDO. Ah, ¿allá tú?

ROSALÍA. ¡Claro!

ALFREDO. ¡Vaya! ¡Te has propuesto darme la mañanita!

Echa a andar hacia el foro, a tiempo que por la izquierda vuelve don Segismundo y se encara con él.

DON SEGISMUNDO. ¿Qué es eso? ¿Adónde vas así? ¿Qué pasa?

ALFREDO. *Alteradísimo.* ¡Pasa... pasa... pasa que esto no puede ser!

DON SEGISMUNDO. *Con gran complacencia.* No puede ser.

ALFREDO. ¡Lo defienda quien lo defienda, no puede ser!

DON SEGISMUNDO. No puede ser.

ALFREDO. ¿Pero usted sabe de lo que se trata, señor?

DON SEGISMUNDO. No; pero cuando tú, que eres tan sentadito, me dices que no puede ser...

ALFREDO. ¡Bah! ¡bah! ¡A la noche hablaremos! ¡Abur! *Se va por la derecha como alma que lleva el diablo.*

Rosalía lo ve irse sonriendo. Caín, en actitud seráfica.

DON SEGISMUNDO. ¿Le doraste la píldora?

ROSALÍA. Se la ha tragado sin dorar. Yo sé cómo hago las cosas con éste. Me quiere mucho.

DON SEGISMUNDO. ¡Cuánto te agradezco, hija mía, el sacrificio a que te prestas en bien de tus hermanas!...

ROSALÍA. ¿Sacrificio? Ninguno. Pero si lo fuera

también lo haría. Alfredo volverá a pedirme perdón antes de diez minutos. Nuestro reinado es éste: de novias. ¿Y qué me importa a mí seguir de reina algún tiempo más? Hasta que tú quieras, papaíto.

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Corre tu sangre por mis venas... ¡Al revés!

ROSALÍA. Bueno: y ya que lo he hecho, ¿me quieres descubrir la idea que te llevas?

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja! Curiosilla... Si te la descubriera, sabrías tú tanto como yo. Y tú tienes los cabellos negros y los míos principian a blanquear... Sobre que tal vez no me comprendieses... Ya saldrá, ya saldrá... Lo que me encanta es esta sumisión, esta unión de todos nosotros ante la perspectiva del bien de alguno... No cabe duda: somos una familia ejemplar. *Volviéndose hacia la izquierda.* ¡Y mira quién llega con las chicas!

Sale el tío Cayetano pavoneándose. De un brazo trae a Marucha y del otro a Fifí. El Lacayo lo sigue impasible, como siempre.

ROSALÍA. ¡Ah! ¡Tío Cayetano! ¡Dichosos los ojos! ¿Cómo usted por estas soledades?

TÍO CAYETANO. A dar un paseo... y a tomar mi vaso de leche. Yo, ya se sabe: en cuanto llega la primavera, mi vaso de leche por las mañanas no hay quien me lo quite.

DON SEGISMUNDO. Muy sano, muy sano...

ROSALÍA. ¿Ha visto usted qué bonitos han quedado los trajes?

TÍO CAYETANO. Ya, ya he hablado yo de eso con Marucha.

MARUCHA. ¿Y sabes lo que dice? Mira si será malo: dice...

TÍO CAYETANO. Digo yo que los bonitos no son los trajes, sino las perchas. Se me ha ocurrido eso.

Se ríen todos de la agudeza indudable y él engorda un milímetro momentáneamente.

Rosalía. ¡Las perchas! ¡Tiene gracia!

Don Segismundo. ¡Mucho; mucho! Eso es de buena ley; de buena ley.

Tío Cayetano. ¿Eh, Segismundo? Digo yo que los bonitos no son los trajes, sino las perchas. ¿Eh? ¡Las perchas! *Se ríe prolongando su éxito.*

Marucha. Pero, Rosalía, ¿tú qué haces que no felicitas al tío Cayetano?

Rosalía. ¿Cómo?

Marucha. Dale la enhorabuena: está de enhorabuena. ¿Sabes? Le han dado otra cruz.

Don Segismundo. Sí, mujer; pero ¿en qué estás pensando? ¡Si acabo de decírtelo yo!

Rosalía. ¡Es verdad! ¡Si papá vino a eso! Sólo que con esta risa de las perchas y de los trajes... ¡Pues que sea enhorabuena, tío Cayetano! ¡Muy enhorabuena!

Tío Cayetano. ¡Bah! Es de lo menos importante que tengo...

Rosalía. ¿Qué cruz es?

Tío Cayetano. La cruz del Mérito Urbano de primera clase. Como he adoquinado un trozo de mi calle de mi bolsillo particular... se ha empeñado el ministro... Pero no tiene más que usía. Eso sí: la cruz es muy vistosa. El día del Corpus me la pondré para que me la vean.

Don Segismundo. ¡Ay, ay, ay! ¿Qué cruz habrá que tú no merezcas, Cayetano?

Marucha. Dices bien, papá: se las merece todas, porque es buenísimo. Y los demás hombres son muy malos. Y él nos quiere mucho. Y al que no nos quiera a nosotros que no le den cruces. ¿Verdad, tío Cayetano?

Tío Cayetano. ¡Qué mocosilla esta!... Hombre, Segis, a Fifí es a la que encuentro yo paliducha. *Fifí*

principia a arrugar la cara, próxima al sollozo. ¿Qué le sucede? ¿Ha dejado de tomar aquel tónico que yo le mandé?

ROSALÍA. No hablen ustedes de Fifí, que vamos a tener llantina. Miren ya qué cara está poniendo.

TÍO CAYETANO. ¿Cómo se entiende? ¡Delante del tío Cayetano no se llora!

DON SEGISMUNDO. No extrañes que ande así. Su edad es muy crítica... Va de crisálida a mariposa. Está en el tránsito de niña a mujer.

ROSALÍA. Pues ninguna de nosotras se ha puesto tan tonta en ese tránsito.

FIFÍ. *Con el corazón encogido.* Mejor... mejor...

TÍO CAYETANO. Nada, si sigue así, este verano hay que pasar un mes en el campo: ¡al aire libre! ¡No hay más remedio! ¡Lo dispongo yo! ¿Eh, Fifí? ¡Yo!

DON SEGISMUNDO. Cayetano...

ROSALÍA. Tío Cayetano...

TÍO CAYETANO. ¡Sierra! ¡Mucha sierra! ¡Repito que lo dispongo yo! Nada de mar, ¿eh? ¡Pinos! ¡Muchos pinos! Ya están de acuerdo todos los médicos en que el mar va resultando algo húmedo. Yo lo he leído en una revista portuguesa. Y es muy aburrido, además, como no pasen barcos.

MARUCHA. Tío Cayetano, tiene usted que hacernos alguna perrada un día para que vea lo que le queremos.

TÍO CAYETANO. ¡Ja, ja, ja! ¿Tú has oído?

DON SEGISMUNDO. Tiene razón Marucha: no te cansas de ser generoso... y pudieras creer...

TÍO CAYETANO. ¡Bah, bah, bah! Doblemos la hoja. Me voy a mi coche.

MARUCHA. ¿Se va usted ya a su coche?

TÍO CAYETANO. Sí. Ya he digerido mi vaso de leche.

Rosalía. Pues lo acompañaremos al coche, ¿no?

Marucha. Sí, sí; vamos a acompañarlo.

Tío Cayetano. Como queráis.

Don Segismundo. Yo me quedo, ¿eh? no venga su madre con las otras...

Tío Cayetano. Sí, hombre, sí. Adiós.

Don Segismundo. *Enternecido por la gratitud.* ¡Adiós, Cayetano: no te digo nada!

Tío Cayetano. Adiós. *Se va por la derecha con las tres muchachas, inflado como un globo.*

Rosalía. Oiga usted, tío Cayetano: ¿cuándo le veremos a usted esa cruz?

Marucha. Tío Cayetano, ¿sabe usted lo que dice Fifí?

Fifí. ¡A ver si te callas!

Rosalía. Tío Cayetano...

Marucha. Tío Cayetano...

Desaparecen. Caín contempla la escena, y de cuando en cuando saluda con la mano, sonriendo.

Don Segismundo. ¡Bien haya ese hombre, para quien toda nuestra gratitud es escasa! ¡Mis hijas son suyas!... Vamos, como a suyas las quiere.

Por la derecha del foro vuelve Alfredo cogido del brazo de Marín, que se resiste un poco.

Este Marín es un muchacho de aspecto sencillo, huraño y tristón; nada cortesano.

Alfredo. Ya verá usted: son unas chicas muy simpáticas.

Marín. Si no lo dudo, amigo Ruiz; pero no tengo humor de tratar con nadie.

Alfredo. ¡Por lo mismo! Usted necesita distraerse; cambiar en absoluto de vida; salir de su monólogo. Venga usted.

Marín. Pero, hombre...

Alfredo. Venga usted. ¡Don Segismundo!

Don Segismundo. ¡Hola! *Al ver a Alfredo con un*

amigo de buen porte, la alegría del triunfo le brilla en los ojos. ¡Alfredito! ¿Tú por aquí de nuevo, Alfredito?

Alfredo. Voy a tener el gusto de presentarle a usted a mi amigo Leopoldo Marín.

Don Segismundo. Ah, con mil amores... Muy favorecido...

Marín. Muchas gracias, señor...

Alfredo. Don Segismundo Caín y de la Muela; mi futuro padre político.

Don Segismundo. Para servir a usted.

Marín. Muchas gracias.

Alfredo. Aquí lo tiene usted: un muchacho simpático, inteligente, bien parecido, con dinero... y que se va a morir este año.

Don Segismundo. ¡Hombre! ¡hombre! Todo está muy bien menos lo último.

Marín. Alfredo se chancea; estos males de carácter nervioso tienen, encima de ser insoportables, esa gracia: la de que nadie los toma en serio.

Don Segismundo. Pero ¿está usted malo de verdad? Porque el aspecto... ¡lo que es el aspecto!...

Marín. Según la gente, estoy rebosando salud. Ya oye usted a Alfredo. Pero hace unos meses que los nervios no me dejan vivir ni hacer nada a derechas. Soy su juguete, a mi pesar.

Don Segismundo. ¿Vive usted en Madrid?

Marín. No, señor: estoy aquí de temporada. Vivo con mis padres en una aldea de Asturias.

Alfredo. Una desgracia más. El padre, viéndolo así, para pocos días, le llenó la cartera de billetes y le dijo: «Anda, vete a Madrid: diviértete lo que te queda de vida.» Nos hemos conocido en el café.

Marín. Ya no voy.

Don Segismundo. ¿Por qué?

Marín. Porque, al fin y al cabo, habla uno de sus males y molesta. ¿Qué le importa a nadie lo que cada cual sufra por dentro? Y para no incurrir en esa falta, si usted no tiene nada que mandarme...

Don Segismundo. *Estrechándole la mano.* Que me mande usted es lo único que se me ocurre. *Mirando hacia la izquierda y haciendo tiempo para que llegue su señora.* Le daré a usted una tarjeta mía.

Marín. Yo siento no traer, pero es lo mismo: en el Hotel María me tiene usted a su disposición.

Don Segismundo. Tantas gracias. *Entregándole su tarjeta.* Ahí va mi nombre y las señas de la choza en que me puede usted mandar a toda hora.

Marín. Obligadísimo.

Don Segismundo. *Estrechándole nuevamente la mano.* Y nada más, sino que deseo que usted destierre pronto esas aprensiones... Pero aguarde un segundo: lo presentaré a mi esposa, que aquí llega, y que tendrá un gran placer en saludarlo.

Marín. Y yo a la vez.

Sale doña Elvira por la izquierda. La siguen Estrella y Pepín, Amalia y Tomás.

Don Segismundo. Elvira, te presento al señor...

Alfredo. Marín: Leopoldo Marín.

Don Segismundo. Al señor don Leopoldo Marín, amigo íntimo de Alfredo.

Doña Elvira. ¡Oh!

Marín. Señora...

Doña Elvira. Basta que sea usted amigo suyo para que desde ahora lo sea nuestro.

Don Segismundo. Y va usted también a conocer a estas parejitas. Mi hija Estrella...

Estrella. Servidora de usted.

Marín. ¿Cómo está usted? *Les va dando la mano a todos.*

ESTRELLA. Bien, ¿y usted?

MARÍN. Bien, mil gracias.

DON SEGISMUNDO. Mi hija Amalia...

MARÍN. Tengo mucho gusto...

AMALIA. El gusto es mío.

DON SEGISMUNDO. Don José Castrolejo...

MARÍN. Beso a usted la mano.

PEPÍN. Beso a usted la suya.

DON SEGISMUNDO. Don Tomás Menéndez...

MARÍN. Muy señor mío.

TOMÁS. ¿Sigue usted bien?

MARÍN. Bien, para servirle... Muchas gracias.

Hay una pausa, durante la cual todos se miran y a nadie se le ocurre nada.

DON SEGISMUNDO. Pues este señor es asturiano... y está de temporada en Madrid. *Mira hacia la derecha a ver si vienen las otras niñas.*

ALFREDO. Ya lo llevaré a casa alguna noche.

DOÑA ELVIRA. Nos veremos muy honrados con ello.

MARÍN. La honra será mía. Y con permiso de ustedes... *Dándoles sucesivamente otra vez la mano a todos.* Señora, a los pies de usted.

DOÑA ELVIRA. Adiós, Marín; beso a usted la mano.

MARÍN. Señorita, a los pies de usted.

ESTRELLA. Beso a usted la mano.

MARÍN. A los pies de usted, señorita.

AMALIA. Beso a usted la mano.

MARÍN. Leopoldo Marín, en el Hotel María...

PEPÍN. José Castrolejo, Velázquez, treinta y tres...

MARÍN. Lo mismo le digo: en el Hotel María...

TOMÁS. Gracias. Tomás Menéndez, Jacometrezo, veintiuno...

MARÍN. Señor Caín, he tenido un placer muy grande... Amigo Alfredo, lo dejo a usted aquí con su familia...

Don Segismundo. ¡Caramba, pues ya va usted a conocer al resto!...

Marín. ¿A qué resto?

Don Segismundo. ¡Al de la familia!

Alfredo. ¡Es verdad!

Sale por la derecha Fifí.

Don Segismundo. Fifí. El señor Marín. Ésta es la menor de la casa.

Marín. Señorita...

Fifí. ¿Está usted bueno?

Marín. Bien, ¿y usted?

Fifí. Bien, gracias. ¿Su familia está buena?

Marín. Buena, gracias. A la de usted ya la veo tan buena...

Sale Marucha. Marín se sorprende ligeramente.

Don Segismundo. Maruchita. El señor Marín; un amigo de Alfredo.

Marucha. Ay, tanto gusto en conocerlo a usted...

Marín. El gusto es mío, señorita.

Marucha. ¿Cómo está usted?

Marín. Bien, gracias, ¿y usted?

Marucha. Yo bien; muchas gracias. Mamá, ¿a quién se le parece en los ojos?

Doña Elvira. En los ojos... Eso estaba considerando yo... ¿Es a tu primo Poli?

Marucha. ¿Qué se ha de parecer a Poli? ¡Qué más quisiera Poli!

Marín. Usted me favorece, señorita.

Marucha. Es que usted no conoce a Poli.

Marín. No... no conozco a Poli... Y no molesto más.

Don Segismundo. Queda otra.

Marín. ¿Qué?

Sale Rosalía.

Don Segismundo. Que quedaba otra.

Marín. ¡Ah!

ALFREDO. Y esta presentación la hago yo. Rosalía.

ROSALÍA. ¡Hola!

ALFREDO. Mi amigo Leopoldo Marín. Mi futura.

MARÍN. Tanto honor...

ROSALÍA. Tanto gusto...

MARÍN. Para gusto, el de su novio de usted.

ROSALÍA. ¡Un millón de gracias!

MARUCHA. ¡Mira qué amable! Mamá, ¿has visto qué amable?

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho!

MARÍN. Es cosa que salta a la vista. Y me marcho ya. *Despidiéndose muy aprisa.* Señorita, la felicito a usted... Es decir, felicito... Felicito a los dos.

ROSALÍA. Muchas gracias.

MARÍN. A los pies de usted, señorita.

MARUCHA. Beso a usted la mano.

MARÍN. A los pies de usted.

FIFÍ. Beso a usted la mano.

DOÑA ELVIRA *Tendiéndole la diestra.* Adiós, Leopoldo.

MARÍN. Adiós, señora. *Un poco atolondrado ya, vuelve a darles la mano a los demás personajes.* Adiós, señorita.

ESTRELLA. Adiós.

MARÍN. Adiós, señorita.

AMALIA. Adiós.

MARÍN. Adiós, amigo.

PEPÍN. Adiós.

MARÍN. Adiós, amigo.

TOMÁS. Adiós.

MARÍN. Adiós, Alfredo.

ALFREDO. Hasta la vista.

MARÍN. Don Segismundo...

DON SEGISMUNDO. Repito...

MARÍN. Adiós a todos.

Todos. Adiós, adiós...

Se quita Marín el sombrero y saluda. Al encaminarse hacia la izquierda del foro, lo detiene Caín con un grito.

Don Segismundo. Pero ¿qué es eso? ¿Pero se marcha usted por ahí?

Marín. Sí, señor. ¿Hay inconveniente?

Don Segismundo. ¡Haberlo dicho, hombre! ¡Si por ahí nos marchamos todos! ¡Si ese es nuestro camino!

Doña Elvira. ¡Es verdad! ¡Y la hora de marcharnos, ésta!

Don Segismundo. ¡Nos iremos juntos!

Marín. *Con la respiración entrecortada.* Yo lo celebro muy de veras... pero si lo llego a saber... no me despido tantas veces...

Grandes risas acogen la salida del nuevo amigo.

Don Segismundo. ¡Mucho; mucho! ¡De muy buena ley; de muy buena ley!

Doña Elvira. ¿Vamos, Mundo?

Don Segismundo. Vamos, sí, vamos.

Alfredo. Vamos, vamos.

Rosalía. Vamos.

Se dirigen todos hacia el foro, rodeando al pobre Marín, que no sabe a quién atender. Inmediatamente en torno suyo van don Segismundo, doña Elvira, Marucha y Fifí. Detrás, por parejas, Alfredo y Rosalía, Estrella y Pepín, Amalia y Tomás. Hablan todos a un tiempo: gran algazara.

El Guarda asoma por el primer término, creyenao que se han echado a la calle los republicanos.

Guarda. ¡Rediez, qué bullicio! ¡Paece que les ha tocao la lotería!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Despacho en casa de Caín. Una puerta al foro y otra a la izquierda del actor, en primer término. A la derecha un balcón. Una chimenea de chaflán, entre las paredes del foro y de la izquierda. Cercana al balcón la mesa de trabajo. Muebles modestos, con la huella de muchas mudanzas encima. Una anaquelería atestada de libros y papeles. En las paredes, dos o tres retratos al óleo, de esos que se trasmiten de padres a hijos, sin que haya una buena voluntad que los queme. Sobre la chimenea una corona de laurel. En el pasillo, frente a la puerta del foro, un perchero. Es de noche. Luz en el centro de la habitación.

Rosalía, sentada a la mesa de trabajo, escribe lo que le dicta su señor padre. Don Segismundo traduce de un libro que tiene en la mano, y pasea. Está de batín y babuchas. Rosalía viste un trajecito de casa muy sencillo, y delantal. Como ella visten sus hermanas.

Don Segismundo. «El tren marchaba con vertiginosa rapidez. Allá lejos, cada vez más lejos, entre la espesa niebla, adivinábanse las luces de París, de aquel París dorado y brillante que fué primero su sueño, después su encanto, y al cabo su ruina. A los ojos del viajero asomó una lágrima.»

Rosalía. *Acabando de escribir.* «...asomó una lágrima.»

Don Segismundo. Mira, pon dos lágrimas, porque a los dos ojos es muy difícil que asome una sola.

Rosalía. ¡Aunque el viajero fuese tuerto!

Don Segismundo. ¡Ja, ja! Pero ¡que esto se publi-

que... y se venda... y tenga que traducirlo yo! En fin, ¡qué diablo! peor fuera no verlo... ser... aquello que dijimos, y tener las narices de corcho. Adelante.

Aparece Tomás por la derecha del foro en el pasillo. Deja su sombrero en el perchero, y, después de saludar, sigue por el mismo pasillo hacia la izquierda.

TOMÁS. Buenas noches.

DON SEGISMUNDO. Hola, Tomasito; buenas noches.

ROSALÍA. Se ha levantado mucho aire, ¿verdad?

TOMÁS. Mucho, sí. Aire de tormenta.

ROSALÍA. Ya lo he conocido yo en mis nervios.

TOMÁS. ¿Se labora?

DON SEGISMUNDO. Un poco. Ganarás el pan con el sudor de tus disparates.

ROSALÍA. Allá en el comedor están las chicas con la tía Mercedes.

TOMÁS. Pues, hasta ahora; no quiero molestar.

DON SEGISMUNDO. Tú no molestas nunca, hijo mío. *A Rosalía, bajo.* Hijo mío: que digiera la frase. *Volviendo al libro.* «Capítulo décimosexto. La herencia de los Golber. Han pasado seis meses.» «*Le soleil clair et beau de le printemps divin...*» ¿Cómo, cómo? ¿A real el pliego y descripciones pintorescas? ¡No en mis días! *Leyendo a saltos para ver lo que va a tragarse.* «*Des fleurs... oiseaux... ruisseaux...*» ¡Bah, bah, bah! «*Fontaines... ombrages... vergers... les nénufars dorés...*» ¡Bah, bah, bah! Escribe: «Llegó la primavera.» Punto final. Hemos traducido medio capítulo con una sencillez lapidaria.

Asoma Pepín Castrolejo como Tomás, y hace lo propio.

PEPÍN. Buenas noches.

DON SEGISMUNDO. ¡Oh! ¡El gran Pepín!

PEPÍN. Hola, Rosalía.

ROSALÍA. Hola.

PEPÍN. Don Segismundo, dispense usted que lo

distraiga un momento de su tarea; pero le traigo dedicado un *colmo.*

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja!

PEPÍN. Como le hacen a usted tanta gracia...

DON SEGISMUNDO. ¡Mucha me hacen!

PEPÍN. Oiga usted. ¿Cuál es el *colmo* del encuadernador?

DON SEGISMUNDO. ¿El *colmo* del encuadernador? Ya sabe usted que no doy nunca...

ROSALÍA. ¿El *colmo* del encuadernador? ¿Cuál es?

PEPÍN. ¡Tener hasta las muelas *empastadas!* ¡Jeeeee!

ROSALÍA. ¡Jesús!

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho, mucho! De muy buena ley. ¡Tener hasta las muelas *empastadas!* ¡Mucho; mucho!

PEPÍN. En el Círculo esta mañana me han querido acogotar porque lo dije. ¡Jeeeee!

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja!

PEPÍN. Hasta luego.

DON SEGISMUNDO. ¡Adiós! *Se vuelve para mirar a Rosalía, que lo mira a él, a guisa de comentario.* Con los ojos nos lo decimos todo. Estrella lo espabilará.

Sale Marucha por la puerta de la izquierda.

MARUCHA. Pero ¿no ha venido mamá todavía?

DON SEGISMUNDO. No; todavía no ha venido.

MARUCHA. Me pareció oírla hablar. Estoy más inquieta esta noche... ¡Pobrecito Marín! Debe de estar peor...

DON SEGISMUNDO. ¿Por qué razón, muchacha?

MARUCHA. ¿A ti no te dice nada el corazón, Rosalía?

ROSALÍA. ¿De Marín? Sí. De Marín me dice una cosa... que yo no te digo.

MARUCHA. ¡Ay, qué mala eres!... Papá, ¿ves qué mala?... ¿Y a ti, qué te dice el corazón?

Don Segismundo. ¡El corazón a mí me habla muy pocas veces ya!... ¡Si vieras!...

Marucha. Pues a mí no para de hablarme.

Don Segismundo. ¡También lo creo!

Marucha. ¡Y me está diciendo desde anoche unas cosas más tristes!... ¡Pobrecito Marín! Venir a distraerse a Madrid, caer enfermo de gravedad, y encontrarse solito en la habitación de una fonda... ¡Qué pena! ¡Sin tener a su alrededor ninguna persona querida!...

Don Segismundo. Mujer, mujer... a falta de las de su familia, tu madre desde el primer momento no abandona la cabecera de su cama.

Rosalía. Lo está tratando como a un hijo. Dos noches lo ha velado ya.

Marucha. ¡Ay! Me he quedado un poquito traspuesta en el comedor, ¡y he soñado una de horrores en dos minutos!...

Don Segismundo. Pues date ahora una vuelta por los pasillos, bébete un buen vaso de agua fresca, y desecha esas ideas terribles...

Marucha. Como me lo dices voy a hacerlo. Porque estoy tan preocupada con Marín... Rosalía, no te rías, no seas mala. Papá, dile que no sea mala... Ya veis que es un muchacho que no ha venido acá más que unas cuantas veces... y que ni se ha fijado en mí ni muchísimo menos... pero ¡qué sé yo!... ¡Vaya usted a explicarse!...

Don Segismundo. Anda, anda; déjanos trabajar.

Rosalía. Y vete luego al comedor, no se duerma la tía Mercedes.

Marucha. La tía Mercedes no se duerme. ¡Sabe más!... Cierra un ojo, y los novios se creen que es el bueno, y que está dormida... Y el que cierra es el de cristal. ¡Ay, Jesús! ¡Quiera Dios que se me vayan estas ideas tan tristes!... *Éntrase por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

Don Segismundo. Cómo me recuerda esta muñeca de Marucha a tu madre, cuando nos conocimos. Tenía el mismo dengue, el mismo dejillo de mosquita muerta... Y luego, ya ves: me dió ocho hijas, os ha criado a las ocho, y ha sido una mujer para todo en la vida.

Rosalía. *Barajando ideas.* ¡Pobrecillo Marín!... La verdad es que... Bueno, ¿seguimos traduciendo?

Don Segismundo. Seguiremos otro ratito... Llamándole a esto traducir. «Una mañana, el viejo Golber...»

Sale Brígida por la puerta del foro. Es una criada que habla siempre en voz baja y con cara de susto.

Brígida. Señor.

Don Segismundo. ¡Vaya! ¿Qué hay?

Brígida. Una señora pregunta por usted.

Don Segismundo. ¿Por mí?

Rosalía. ¿Quién es, no te ha dicho?

Brígida. Sí me lo ha dicho, sí; pero se me ha olvidado.

Don Segismundo. ¡Válgate Dios!

Brígida. Aguarde usted: doña... doña... ¡doña Jenara!

Don Segismundo. ¿Doña Jenara Izquierdo?

Brígida. ¡La misma!

Rosalía. ¿La madre de Tomás?

Don Segismundo. Seguramente. Que pase en seguida.

Brígida. ¿Cómo?

Don Segismundo. Que pase.

Brígida. ¿Que pase?

Don Segismundo. Sí; que entre.

Brígida. ¡Ah! Eso es otra cosa. *Se va.*

Rosalía. ¡Qué mujer! Parece que está siempre asustada.

Asoma Brígida de nuevo.

Brígida. ¿A la sala o aquí?

Don Segismundo. *Sobrecogido.* ¿Eh?

Brígida. ¿A la sala o aquí?

Don Segismundo. Aquí; aquí. *Vase Brígida.* Ahora soy yo el que se ha asustado.

Rosalía. Y yo. ¡Demonio de mujer!

Don Segismundo. ¡Le da a todo una importancia y un misterio!

Rosalía. ¿Se acabó el trabajo, verdad?

Don Segismundo. Se acabó. Digo, este trabajo: porque todo es trabajar, no te creas. Déjame solo con esa señora.

Rosalía. ¿Y le digo a Tomás que ha venido?

Don Segismundo. Ni una palabra, como yo no avise.

Rosalía. Descuida. *Se va por la puerta de la izquierda.*

Don Segismundo. *Preparándose a recibir a la dama.* ¡Bien, bien, bien! ¡Perfectamente bien! El mundo gira, el mundo rueda, y su vida está en su movimiento. *Doña Jenara aparece en la puerta del foro. Es una señora de buen ver. Viene de velo, y habla con cierto dejo popular madrileño.* ¡Oh, señora! ¿Para qué se ha molestado usted? ¿Cómo está usted?

Doña Jenara. Bien; para servirle.

Don Segismundo. Tenga la bondad de sentarse.

Doña Jenara. Muchas gracias.

Se sientan los dos.

Don Segismundo. Por lo visto, en mi carta me he expresado mal. Mi intención fué pedirle a usted hora para visitarla en su casa; en modo alguno...

Doña Jenara. No; si ya lo entendí; si era eso lo que usted me decía. Pero yo pensé: este señor está muy ocupado: ¿a qué voy a hacerle perder tiempo en ir y venir? Y como la cuestión es que hablemos, aquí estoy. Cuanto antes, mejor. No sabe usted las

ganas que yo tenía de conocerlo a usted personalmente para decirle más de cuatro cosas.

Don Segismundo. Me alegro entonces de que las aguas hayan corrido por este cauce. Voy a cerrar las puertas, para que ni una sola palabra salga de aquí... mientras no nos pongamos de acuerdo. *Lo hace.*

Doña Jenara. ¿Y mi hijo, está ahí?

Don Segismundo. ¡Pues no! Hablando con mi hija, precisamente. Porque los hijos hablan allá, hablan aquí los padres.

Doña Jenara. Sí, señor; es mucha verdad. Y al oírlo a usted, con esa cara de bueno que tiene—usted disimule la confianza, — se me encienden los remordimientos que ya sentía. Porque esta visita la he debido yo hacer mucho antes. *Sofocándose por palabras.* ¡Sí, señor; sí, señor: mi hijo es un pillo; mi hijo hace muy mal en engreír a ninguna chica; mi hijo no se puede casar con su hija de usted!

Don Segismundo. *Alarmándose un punto.* ¿Por qué, señora?

Doña Jenara. ¡Porque en ley de Dios no se puede casar!

Don Segismundo. ¿Es casado?

Doña Jenara. ¡Qué ha de ser casado!

Don Segismundo. *Recobrando su aplomo.* ¡Entonces sí se puede casar!

Doña Jenara. Según y cómo, señor don don don... ¿Cómo se llama usted?

Don Segismundo. Segismundo, señora.

Doña Jenara. Pues según y cómo, señor don Segismundo. Yo soy muy franca y muy decente, y a mí no me gusta que mi hijo engañe a nadie. Porque mi marido, que esté en gloria, no engañó a nadie. ¡A nadie! ¡Ni a mí! — que eso lo cuentan muy pocas mujeres. — Y como él no ha podido ver engaños en su casa, se me arde la sangre y me so-

foco toda de ver lo que está haciendo. Yo le voy a decir a usted lo que es mi hijo, y luego, usted que es padre, verá si le rompe un hueso o lo que determina.

Don Segismundo. Cálmese; cálmese usted, señora...

Doña Jenara. ¡No puedo; no puedo! Mire usted: mi hijo es un vago; mi hijo se levanta a las doce; mi hijo no estudia; mi hijo bebe; mi hijo no sabe ganar una peseta; mi hijo trasnocha; mi hijo empeña los libros; mi hijo no confiesa; mi hijo no oye misa... ¡mi hijo es una condenación! Ese es mi hijo: ya sabe usted quién es mi hijo. Y me va usted a permitir que ponga derecho este cuadro, porque yo, en viendo que vea un cuadro torcido, no puedo hablar una palabra. ¡Manías! *Se levanta y lo hace.*

Don Segismundo. Señora, está usted en su casa... ¡Ja, ja! Y venga aquí, y sosiegue ese ánimo... Usted, en su buena fe, hace montes de granos de arena... ¡Donoso lance este! La madre acusando... y el suegro defendiendo... ¡Ja, ja!

Doña Jenara. Lo que veo es que a usted lo ha engatusado, como a todo el mundo. Porque, eso sí; gatera, ya es gatera; y labia y gancho, ya le ha dado Dios; y desparpajo y *metimiento*, no le faltan a él. ¡Como digo una cosa digo otra! ¡Pero me va a matar!

Don Segismundo. Francamente, señora, a mí bien hubiese podido engañarme, porque a mí me engaña una codorniz... pero es que, en rigor, los cargos que usted acumula contra él, son pueriles, ¡fundamentalmente pueriles!... ¡Que no estudia! ¿Y quién estudia ya en este país, donde todo se debe al favoritismo? ¡Que se levanta a las doce! Y si no estudia, ¿para qué se ha de levantar más temprano? ¡Que empeña los libros! Y ¿para qué los quiere, si no estudia? ¡Que

bebe! ¡Esa es una necesidad fisiológica. ¡Que no oye misa! Y ¿quién oye misa a la edad que tiene Tomás? A esa edad, si se va a la iglesia, es a ver a la novia; y su hijo de usted prefiere, con muy buen gusto, ver a la novia fuera de la iglesia. ¡El sacerdote más escrupuloso lo absolvería!

Doña Jenara. Vamos, señor; ¡si le parece a usted lo pondremos en un altar con una palmita y un perro lamiéndole las llagas!

Don Segismundo. ¡Ja, ja! ¡Mucho; mucho! Pero ni tanto ni tan calvo, Gonzalvo. ¡A la cantera! ¡a la cantera! Dígame usted: ¿el chico es listo?

Doña Jenara. ¿Que si es listo? ¡Un rayo! ¡Anda, pues si él quisiera trabajar! ¡Corta un pelo en el aire!

Don Segismundo. ¡Mucho; mucho! ¿Es bueno? ¿Tiene corazón?

Doña Jenara. ¡No le cabe en el pecho! Mentiría yo si lo negara. Ve una pena de otro, y le duele como si fuera propia.

Don Segismundo. ¡Mucho; mucho! Tenemos hombre; tenemos hombre. Ya saldrá, ya saldrá... Así lo he apreciado yo desde el primer día, y por eso he consentido sus amores con mi hija Amalia. ¡Con Amalia! ¡Con Amalia! Luego conocerá usted a Amalia. Decir Amalia aquí, es decir la perla de esta casa. Y todas son mis hijas: ¡y tengo ocho! Pero la perla de la casa es ella.

Doña Jenara. Sí, señor; y yo me alegro mucho de que su elección haya sido tan acertada. Y quedamos en que la chica es una perla, y el chico San Isidro Labrador, y en que se quieren a morir; pero ya sabe usted que los suspiros no alimentan; más bien debilitan; y mi hijo, sobre que no sabe ganarlo, no tiene dinero.

Don Segismundo. ¡Mucho; mucho!

Doña Jenara. No, señor; lo que es en eso no me convence usted. ¡No tiene dos reales!

Don Segismundo. ¡Mucho; mucho!

Doña Jenara. ¡Le digo a usted que ni dos reales!

Don Segismundo. Si ya lo sé. «Mucho; mucho», en esta ocasión significa que estamos de acuerdo.

Doña Jenara. ¡Ah!

Don Segismundo. Ciertamente su hijo de usted no tiene dinero, ni mi hija tampoco; y claro está que para casarse lo necesitan...

Doña Jenara. ¡Mucho; mucho!

Don Segismundo. Mucho, no; una cosa prudente...

Doña Jenara. Si es que yo también estoy de acuerdo ahora...

Don Segismundo. ¡Ja, ja! ¡Muy bien, muy bien! De muy buena ley... Pues óigame usted cuatro palabras. Un pariente mío — pariente y protector — tiene por Tomasillo las más fervientes simpatías, y me ha ofrecido para él, viéndolo tan enamorado de Amalia, un destino que le permita realizar sus sueños. Mi opinión es que la salvación del chico está ahí: con la golosinilla de la boda, con la miel del te quiero y me quieres, se nos mete en trabajo, se acostumbra a él, y se hace un hombrecito. ¿Usted qué dice a esto?

Doña Jenara. *Un poco conmovida.* ¡Ay, señor don don don...!

Don Segismundo. Segismundo.

Doña Jenara. Don Segismundo, que nunca me acuerdo de su nombre: ¿qué quiere usted que diga yo? ¡Que el padre de mi hijo no haría más por él! Si ese es mi afán: que se arrime a buen árbol, que sea formalito, que se deje de gandulear, que trabaje, que mire al mañana...

Don Segismundo. ¡Oh! Pierda usted cuidado... Se va a casar con una hormiguita... Mi hija Amalia es una hormiguita... Va usted a conocerla.

Doña Jenara. Me veré muy favorecida, señor. Ya no deseo otra cosa.

Don Segismundo va a la puerta del foro a llamar a Brígida. Mientras tanto, doña Jenara coloca otros cuadros derechos.

Don Segismundo. ¡Brígida! ¡Brígida! *Asoma Brígida, siempre asustada, naturalmente, y don Segismundo le da un recadito en voz baja.* Ahora vendrá.

Doña Jenara. Muchas gracias, señor.

Vuelve a asomar Brígida.

Brígida. ¿La señorita Amalia sola?

Don Segismundo. Sí; sola, ella sola. *Se va Brígida.* Esta criada cree que tenemos siempre un enfermo grave. Pues bien, amiga mía: mañana a primera hora veré yo a Cayetano, mi pariente, le hablaré con entera seriedad del caso, y luego pasaré a saludar a usted para enterarla de todos los pormenores: índole del destino, sueldo, etc., etc.

Doña Jenara. Lo que usted guste, señor, lo que usted guste.

Sale Amalia por la puerta de la izquierda. Al ver a doña Jenara se sorprende ligeramente.

Don Segismundo. Aquí la tiene usted: ésta es Amalia.

Amalia. Servidora.

Doña Jenara. Por muchos años. *Contempla encantada unos momentos a la muchachita.*

Don Segismundo. ¿Tú conoces a esta señora?

Amalia. De vista... Una tarde tuve el gusto de encontrármela con Tomás... y luego él me dijo...

Doña Jenara. ¡Sí que ha sabido elegir el muy sinvergüenza! ¡Vaya si es bonita, señor! ¡Y tan repulidita que ella parece! ¡Le digo a usted que es de lo más chulo! Bueno, todos los pillos tienen suerte... ¡Pillo, más que pillo! ¿De cuándo acá se va a merecer

él este confite? ¡El muy granuja!... ¡el muy pendón!... ¡el muy gandulazo!...

Don Segismundo. Yo no sé si tú sabrás que habla de tu novio.

Amalia. Ya lo he comprendido... Pero no me hace mella.

Doña Jenara. ¡No la hace mella, dice! ¡Mira qué buen agrado tiene y qué gracia! ¡Es un regalo esta criatura! ¡un regalo!

Amalia. Usted me favorece.

Doña Jenara. *Yéndose de repente a la mocita, con efusión de suegra simpática.* ¡A ver si me lo metes en cintura, hija mía! ¡Lo que tú, con esa cara, no puedas con él, no ha de poderlo nadie! ¡Que arrime el hombro al trabajo! ¡que sude!

Don Segismundo. Sudará, sudará...

Doña Jenara. ¡Que no es hijo de ningunos príncipes! Está tan mimado, tan consentidote... ¡Ay, señor! Lo peor que puede pasarle a un matrimonio es no tener más que un hijo.

Don Segismundo. Con permiso de usted, amiga mía, puede pasarle algo peor. ¡Ja, ja!

Doña Jenara. Entiéndame usted por qué se lo digo. ¡Pero qué bonita eres, hija mía! ¡Dame un beso! ¡Te voy a querer más que a él! Y me voy, me voy, porque si no me voy, no dejo de hablar.

Don Segismundo. ¡Como ya están todos los cuadros derechos!

Doña Jenara. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué sombra ha tenido! Quedamos en lo que quedamos, don don don...

Don Segismundo. Segismundo.

Doña Jenara. Don Segismundo. Ya sabe usted su casa. Dame tú otro beso, bonita. No se molesten, no se molesten... Buenas noches... *Al llegar a la puerta del foro apaga maquinalmente la luz.* ¡Ay! ¡Los dejaba a oscuras! La costumbre que tengo en casa.

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja!

DOÑA JENARA. Disimulen ustedes. Buenas noches. No se moleste usted, señor.

DON SEGISMUNDO. No es molestia ninguna.

Doña Jenara se va por la puerta del foro, hacia la derecha. Don Segismundo la sigue. Amalia queda asomada a la puerta, despidiéndola.

AMALIA. Adiós... vaya usted con Dios.

Vuelve don Segismundo.

DON SEGISMUNDO. ¿Eh, qué tal? Dame tú un abrazo.

AMALIA. ¡Con toda el alma, papaíto! ¡Qué buenísimo eres! Y esta señora es muy campechana y muy agradable. ¿Quieres algo?

DON SEGISMUNDO. Que te vayas, que es lo que tú quieres.

AMALIA. Pues hasta luego. ¡Estoy más contenta que mi suegra! *Se marcha por donde salió.*

DON SEGISMUNDO. ¡Bien, bien, bien! ¡Perfectamente bien! ¿Hoy es trece, verdad? Porque se me está dando un buen día...

Aparece Alfredo por la derecha en el pasillo, y deja su sombrero.

ALFREDO. ¿Se puede, don Segis?

DON SEGISMUNDO. ¡Qué preguntas haces, Alfredo!

ALFREDO. Es que no vengo solo. Pasa, Emilio.

DON SEGISMUNDO. ¡Ah!

Surge en el pasillo Emilio Vázquez, sombrero en mano. Es un autor cómico, envanecidillo con el triunfo de su primera obra, porque los críticos han dicho de él que es un «grano» para algunos autores famosos.

EMILIO. Buenas noches.

DON SEGISMUNDO. ¡Adelante, señor!

ALFREDO. *Presentándolos.* Don Segismundo Caín. Mi amigo Emilio Vázquez.

DON SEGISMUNDO. Tanto honor...

EMILIO. Tanto gusto...

ALFREDO. Autor cómico muy aplaudido.

DON SEGISMUNDO. ¿Hola?

EMILIO. Psche...

ALFREDO. Ha hecho sus primeras armas ahora en el Salón Martínez.

DON SEGISMUNDO. ¡Ah, en el Salón Martínez! ¿Qué compañía trabaja en él?

EMILIO. Una muy modestita. Sí. La compañía Sánchez-Pérez-Bermúdez. Sí.

DON SEGISMUNDO. Tengo una idea de haber leído algo de eso... ¿Cómo se titula la obra de usted?

EMILIO. «*Castañas pilongas.*» Sí.

DON SEGISMUNDO. «*¡Castañas pilongas!*» Es gracioso el título, ¿verdad?

ALFREDO. Sí, señor. Y la obra. Ha gustado mucho. Yo estuve en el estreno.

EMILIO. Es un sainetito. Sí.

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Cultiva usted el género que más me agrada: el sainete. Tan castizo, tan español... La gracia culta, la sátira burlona de las costumbres... «*Castigat ridendo mores...*» ¡No vaya usted a sacar un sainetito de esta casa! ¡Ja, ja! Pero, sentémonos. ¿O pasamos al comedor? ¿Qué te parece, Alfredo?

ALFREDO. Mejor será. Allí están las chicas...

DON SEGISMUNDO. Dices bien. Vamos, vamos al comedor.

ALFREDO. Yo le espero aquí, don Segismundo. Con permiso de Emilio, necesito hablarle a usted en seguida.

DON SEGISMUNDO. ¿Ah, sí? Pues en seguida vuelvo. Usted perdonará...

EMILIO. Na hay de qué, señor mío.

DON SEGISMUNDO. *Llevándoselo del brazo.* ¿Conque tan joven y ya autor cómico aplaudido, eh?

EMILIO. Sí, señor, sí.

DON SEGISMUNDO. Es la misión más alta: la de divertir a los hombres... Lo dijo Schiller, como usted sabe mejor que yo.

EMILIO. Sí, señor, sí.

DON SEGISMUNDO. Pase usted.

EMILIO. Muchas gracias.

Se van por la puerta de la izquierda. Don Segismundo mira a Alfredo con gratitud.

ALFREDO. *Paseándose preocupado.* ¡Pobre don Segis! Le voy a dar la noche... Sí. Y es claro que debo decírselo. Sí. Porque sabe Dios adonde habrán llegado las cosas... Sí. Y si hace falta, obligaremos a ese joven... Sí. ¡Caramba! ¡Que se me ha pegado la muletilla del autor cómico!

Sale Rosalía por la puerta de la izquierda.

ROSALÍA. ¿Por qué no has ido al comedor?

ALFREDO. Porque quería que tú vinieras.

ROSALÍA. Pues aquí me tienes. En cuanto vi llegar a papá con un muchacho nuevo, pensé: «Alfredo está ahí.»

ALFREDO. Y aquí estoy, en efecto. ¿Te lo ha presentado tu padre?

ROSALÍA. *Remedando a Emilio.* Sí. Me lo ha presentado. Sí.

ALFREDO. Ya veo que te lo ha presentado. Es simpático, ¿eh?

ROSALÍA. Sí.

ALFREDO. Sí. *Se ríen.* ¡Burlona!

ROSALÍA. ¿Cuándo nos casamos?

ALFREDO. ¡Nunca!

ROSALÍA. ¡Ja, ja, ja!

ALFREDO. Vas a tener que pedírmelo en cruz.

ROSALÍA. Menos que en cruz.

ALFREDO. Y conste que no es de nobles vencedores divertirse así de los vencidos.

ROSALÍA. ¿Te declaras vencido?

ALFREDO. ¡Vencido y convencido! ¿No lo estás viendo? Al cabo triunfó lo que debía: se hizo la luz en mi mollera. Pero me he llevado más de un mes con unas dudas y unos recelos... que no los quiero para ti. La otra noche me daba de coscorrones en mi cuarto. «¡Animal! ¡zopenco! ¡que deberías estar tirando de una carreta! ¿De manera que cuando tu novia te demuestra en su cariño a los suyos todo lo que vale moralmente, es cuando a ti se te ocurre hacer de Otelo y ponerte en ridículo? ¡Eres un ser abominable!» Todo esto me decía.

ROSALÍA. Pues no te mereces más que la mitad.

ALFREDO. ¿Y que tú me quieras, me lo merezco?

ROSALÍA. *Después de bailar un rigodón con los ojos*. Sí.

ALFREDO. ¡Entonces pídeme... hasta que me tire por el balcón!

ROSALÍA. Tírate.

ALFREDO. Mira que me tiro.

ROSALÍA. Tírate. *Alfredo se dirige al balcón*. No te tires.

ALFREDO. ¿No me tiro?

ROSALÍA. ¿Para qué, si es un entresuelo y no vas a matarte?

ALFREDO. *Corriendo hacia ella y cogiéndole las manos apasionadamente*. ¡Bendita sea tu cara!

ROSALÍA. ¡Te quiero mucho, Alfredo!

ALFREDO. ¿Mucho?

ROSALÍA. Mucho. Pon todos los muchos que dice papá al cabo del día, y todavía son pocos.

ALFREDO. Pues multiplica esos muchos por mi cariño, y así te quiero yo.

Cogidos de las manos se miran unos momentos sin palabras.

ROSALÍA. ¡Ay, Alfredo!

ALFREDO. ¿Qué?

ROSALÍA. ¡Qué mal lo vamos a pasar como no se casen pronto las chicas!

ALFREDO. No lo dudo un instante. Ya en todo pienso como tú. ¡Hay que casarlas por la posta!

Óyese la tos de Caín detrás de la puerta del foro. Alfredo y Rosalía se sueltan las manos. La tos continúa, y entonces se separan. Se oyen dos o tres golpes más y se separan otro poco.

ROSALÍA. ¡Jesús! Pero ¿qué idea tiene papá de las distancias?

Sale don Segismundo con los residuos de la tos.

DON SEGISMUNDO. ¡Ay, ay, ay!

ROSALÍA. ¿Por qué no tomas unos vahos de brea?

DON SEGISMUNDO. ¡Esta tos no se cura con brea! *A Alfredo.* Oye, ¿sabes que me agrada bastante ese chico? Tiene labia, tiene despejo natural...

ALFREDO. Es compañero de mi nueva casa de huéspedes. Y sí parece listo, sí.

DON SEGISMUNDO. Sí. Y ¿era cierto que deseabas hablarme?

ALFREDO. ¡Ojalá no lo fuera, don Segismundo!

DON SEGISMUNDO. *Mirando alternativamente a los novios.* ¿Eh?

ALFREDO. Porque lo que tengo que decirle es, cuando menos, bastante desagradable, y pudiera ser grave además.

ROSALÍA. ¿Grave?... ¿Y por qué me lo has callado, Alfredo? ¿Es que estorbo yo?

ALFREDO. No; al contrario: quédate.

DON SEGISMUNDO. ¿Grave, dices? Pocas cosas hay graves en este mundo.

ALFREDO. Pues ésta, en mi concepto, lo es.

DON SEGISMUNDO. Habla.

ALFREDO. Ustedes me conocen y saben que yo

no tengo pelos en la lengua, ni puedo decir las cosas con rodeos.

Don Segismundo. ¡Mucho!

Alfredo. Pues bien: cuando anoche me fuí de aquí, antes de recogerme, estuve dando vueltas por las calles tomando el fresco; y al pasar de nuevo por ésta, camino de mi casa ya, vi que del balcón del cuarto de Estrella se descolgaba un hombre.

Don Segismundo. ¿Qué dices?

Rosalía. Ah, vamos. *A don Segismundo.* No te alarmes; no es eso.

Alfredo. ¿Cómo que no es eso? ¿Me vas a negar lo que yo vi?

Rosalía. Estoy enterada... Yo explicaré... Óyeme, papaíto.

Don Segismundo. Deja, deja que acabe éste. ¿Has dicho que se descolgaba un hombre del cuarto de mi hija?

Alfredo. Sí, señor.

Don Segismundo. ¿Y quién era ese hombre? ¿Tú lo reconociste?

Alfredo. Pepín Castrolejo.

Don Segismundo. ¡Pepín Castrolejo! ¡Ah, traidorzuelo sinvergüenza! No lo creí tan osado.

Rosalía. Papá, pero yo explicaré...

Don Segismundo. ¡Eso no es un hombre, como tú has dicho! ¡Es el novio de ella, que es peor!

Rosalía. ¿Quieres oírme?

Don Segismundo. Un hombre, un desconocido, puede ser un ladrón que entró por una alhaja; pero un novio que escala el balcón de su novia, aunque nada se lleve, se lleva algo más que pueda llevarse una partida de ladrones.

Rosalía. Papá, papá, no hagamos una escena de novela, que bastantes hay con las que tú traduces. Yo lo sé todo: ¿no me ves tranquila?

Don Segismundo. Por lo que hace a Estrella, lo estoy yo también, porque en ella tengo confianza; pero... En fin, dime tú: ¿qué diablos pasó?

Rosalía. Estrella misma me lo ha contado. Pasó que ese monigotillo, que le está buscando tres pies al gato desde el principio de las relaciones, le dijo anoche, entre burlas y veras, cuando ella salió al balcón a despedirlo, como de costumbre, que iba a subir a darle un beso... o qué sé yo qué. Tonterías.

Don Segismundo. Sigue, que no son tonterías.

Alfredo. ¡Tonterías, don Segis!

Don Segismundo. Sigue.

Rosalía. Que no lo harás, que sí lo haré; que no te atreves; que subo, que no subes... Total: que, con unas y con otras, trepó como un gato por la reja de la taberna, y ganó el balcón. Entonces Estrella se puso por las nubes: cerró los cristales, cerró las maderas, y lo dejó allí como un tiesto. Esta es la historia.

Alfredo. Que no desmiente en un ápice lo que yo he contado.

Rosalía. Pero que necesitaba explicarse, como comprenderás.

Don Segismundo. ¡Bien! ¡Muy bien! ¡Perfectamente bien! ¡Con cuantísima razón recelaba tu madre de ese monicaco! Mal corresponde a nuestro noble afecto. Vivir para ver. *Silencio.* Repito que, por mi hija, estaba yo tranquilo, porque la conozco. Pero ¡ay! que la gente no la conoce como yo. Calumnia, que algo queda...

Alfredo. ¡He ahí el gran peligro!

Don Segismundo. *¡Voilà!*

Rosalía. La calumnia... Es cierto.

Don Segismundo. Del mismo modo que éste ha visto bajar del balcón al señorito ese, han podido verlo otras personas que ignoran cuándo y a qué su-

bió. Este es el caso — no hay que darle más vueltas, — y sabido es cómo estos casos se resuelven entre personas que guardan su buen nombre.

ALFREDO. ¡Sí, señor; dice usted muy bien!

ROSALÍA. ¿Un duelo?

DON SEGISMUNDO. ¡Quiá!

ALFREDO. ¡Mi primer impulso fué saltar sobre él, cogerlo por el cuello y ahogarlo!

DON SEGISMUNDO. ¡Nunca! ¡Hubieras hecho un gran desatino!

ROSALÍA. ¡Como que así no se remedia nada, señor!

DON SEGISMUNDO. ¡Nada absolutamente! Aquí la solución es clarísima; de una transparencia de cristal; y, por buenas o por malas, a ella hemos de ir. Yo espero que será por buenas.

ALFREDO. ¡O por malas! No se puede jugar impunemente con la reputación de una señorita. Y si, en último término, fuera preciso romperle la cabeza a ese pollo...

ROSALÍA. ¡Y dale!

DON SEGISMUNDO. ¡Todo menos eso, hombre de Dios! ¡Déjale la cabeza quieta! Y ahora, ya que eres tan bueno, una súplica.

ALFREDO. Usted me manda.

DON SEGISMUNDO. Esta noche no sale de aquí ese mocito sin hablar conmigo seriamente. Yo quiero que se halle presente en la entrevista el tío Cayetano.

ROSALÍA. ¿El tío Cayetano?

DON SEGISMUNDO. Sí. Toma un coche, y llégate al Casino por él. Me basta y me sobra mi autoridad de padre; pero no me estorba la de un hombre de la representación de Cayetano.

ALFREDO. Ni una palabra más. Aquí estoy con él antes de diez minutos. ¿Tú quieres algo, Rosalía?

ROSALÍA. Nada; que vuelvas.

ALFREDO. Hasta ahora. ¿Supongo que no te quejarás de mí?

ROSALÍA. ¡Quejarme! Me tienes encantada...

Vase Alfredo precipitadamente por la puerta del foro.

DON SEGISMUNDO. Este chico vale un imperio. ¡Cómo colabora en nuestros afanes! ¿Verdad, Rosalía?

ROSALÍA. Es un bendito. *Mirando hacia dentro desde la puerta.* Ahí tenemos de vuelta a mamá. Al salir Alfredo ha entrado ella.

DON SEGISMUNDO. ¡Ah, mamá! Pues, oye: luego, tú, de la manera más discreta, a solas las dos, entérala de todas estas amargas novedades. Ahora, disimulemos.

Sale doña Elvira por la puerta del foro, un poco fatigada.

DOÑA ELVIRA. ¡Ay! Ya estoy aquí; creí que no llegaba. Se ha levantado un vendaval horrible.

DON SEGISMUNDO. ¿Cómo sigue ese pobre muchacho?

ROSALÍA. ¿Cómo está Marín?

DOÑA ELVIRA. Mejor; está mejor, a Dios gracias. Treinta y ocho y décimas ha tenido esta tarde. *A Rosalía, besándola.* Dame un beso, cielo. *A don Segis, besándolo también.* Ven acá tú, descastadote.

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja!

ROSALÍA. De manera que está mejor, ¿eh? ¡Lo que se va a alegrar Marucha! *Llamando desde la puerta del foro.* ¡Niñas! ¡Niñas! ¡Ya ha venido mamá!

DOÑA ELVIRA. *Con júbilo.* A propósito de Marucha, tengo que contaros...

ROSALÍA. ¿Qué?

DOÑA ELVIRA. Que es indudable: Marín está impresionadísimo.

DON SEGISMUNDO. ¿Sí?

DOÑA ELVIRA. ¡En el delirio de la fiebre la nombra con frecuencia!...

Sale Marucha por la puerta de la izquierda. Sus hermanas salen luego también por la misma puerta.

Marucha. ¿Cómo está Marín?

Doña Elvira. Está mejor, corazón mío.

Marucha. ¿Está mejor?

Don Segismundo. Sí, está mejor: treinta y siete...

Doña Elvira. Treinta y ocho y décimas. No te apures tú, palomita. *La besa.*

Marucha. ¡El pobre!... Si no fuera por ti, que eres tan buena, se hubiera muerto como un perro.

Rosalía. No tanto, mujer...

Doña Elvira. En los momentos en que se limpia más de fiebre, se deshace conmigo en palabras de gratitud.

Marucha. ¡Mira qué bueno!

Doña Elvira. Y por Dios me pide que no se les avise a sus padres, como no se agravara demasiado.

Marucha. ¡Pobrecito! ¡Qué bueno, qué bueno! Papá, si yo caigo mala algún día, muy mala, muy mala, y tú estás fuera, como no me vaya a morir no te aviso.

Don Segismundo. ¡Me parece muy acertado! ¡Ja, ja!

Doña Elvira. *Besando otra vez a Marucha.* ¡Pero qué rica eres!

Rosalía. Y qué previsora además.

Marucha. Y tú qué mala: siempre me estás pinchando.

Sale Estrella.

Estrella. Hola, mamá. ¿Cómo has pasado el día?

Doña Elvira. Bien. Acordándome mucho de vosotras. *La besa.*

Estrella. ¿Y cómo está Marín?

Marucha. Está mejor; está mejor, ¿sabes?

Rosalía. Treinta y ocho y décimas.

ESTRELLA. Vaya, me alegro. Que sea enhorabuena, Marucha.

MARUCHA. ¡Ay, qué tonta! Mamá, mira lo que me dice ésta.

ESTRELLA. Por supuesto, yo voy a reventar de risa. Viene Pepín esta noche desatado. ¡Qué de tonterías nos ha dicho! Y yo me temo, me temo cuando viene así desatado.

Sale Amalia.

AMALIA. Buenas noches, mamaíta. ¿Cómo está Marín?

DOÑA ELVIRA. Está mejor. *La besa.*

MARUCHA. Está mucho mejor. Treinta y ocho y décimas nada más.

DON SEGISMUNDO. Está mejor.

ROSALÍA. Está mejor.

ESTRELLA. Está mejor.

MARUCHA. *A Fifí, que sale.* ¿Sabes, Fifí? Marín está mejor.

FIFÍ. ¿Está mejor?

DOÑA ELVIRA. Sí; está mejor. *La besa.* ¡Reina del mundo!

ROSALÍA. Está mejor. Treinta y ocho y décimas.

DON SEGISMUNDO. Está mejor.

AMALIA. Está mejor.

ESTRELLA. Está mejor.

DOÑA ELVIRA. Por cierto — ¿me oyes, Segis? — que hay que llevarle el caldo de aquí. Por humanidad. Hoy subió la camarera un caldo que era veneno.

MARUCHA. ¡Ay, qué mala! ¡Que metan a esa mujer en la cárcel!

ROSALÍA. ¡Jesús!

DOÑA ELVIRA. Mañana — ¿sabes, Mundo? — aunque sea haciendo un sacrificio, mataremos un pollo.

DON SEGISMUNDO. *Humorísticamente.* ¡Baja la voz!

DOÑA ELVIRA. ¿Por qué?

Don Segismundo. ¡Porque en el comedor hay un pollo nuevo, y pudiera asustarse!

Grandes risas.

Marucha. ¡Ay, qué gracioso es mi papá! *Lo besa.*

Doña Elvira. ¿Qué me decís? ¿Hay un pollo nuevo en el comedor?

Rosalía. Alfredo lo ha traído.

Don Segismundo. Muy simpatiquillo por cierto.

Amalia. Y muy galante.

Estrella. Y se ha enamorado de Fifí.

Fifí. No, no, no, no.

Doña Elvira. ¿Esas tenemos?

Fifí. No, no, no, no.

Doña Elvira. *Besándola.* Pero, simple, ¿qué mal hay en ello? Anda, vamos allá; que yo lo conozca.

Estrella. Sí, sí; vámonos para allá.

Amalia. Vámonos, vámonos.

Rosalía. Es autor cómico: ha estrenado las «*Castañas pilongas*».

Estrella. ¡Y también dice *colmos*, como Pepín! Pero sin tanta gracia.

Marucha. ¡Pues uno ha dicho muy salado!

Amalia. Y a Fifí le ha echado muchas flores.

Fifí. No, no, no, no.

Doña Elvira. ¡Vaya, vaya, veo que ha caído bien, ha caído bien el recién llegado!

Hablándole a la madre todas a la vez se van por la puerta del foro, hacia la izquierda.

Don Segismundo. Ya iré yo ahora, ¿eh? No os curéis de mí, que he de corregir un poco unas cuartillas. *Cuando se queda solo, exclama:* La soledad es madre de la inspiración. *Pasea. Luego se asoma vigilante a una puerta y a otra, y las cierra. Se sienta a la mesa y busca entre los papeles un plieguecillo blanco para una carta. Después de desechar dos o tres dis-*

tintos, elige uno pequeño. Toma la pluma para escribir, y se detiene. La deja y toma un lapicero. Va a escribir naturalmente con la mano derecha, y de pronto se detiene otra vez. Coge el lápiz con la izquierda y traza unos renglones. Lee lo que ha escrito, y arruga el pliego como llevado de la cólera. Por fin lo dobla y se lo guarda. Se levanta y vuelve a pasear. Y como expresión y resumen de cuanto ha pensado y ha hecho, dice:

«Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.»

Aparece por la puerta del foro el tío Cayetano. Alfredo lo sigue.

Tío Cayetano. ¡Chico, qué nochecita de aire!

Don Segismundo. ¡Cayetano!

Tío Cayetano. ¡Cómo sopla Febo!

Alfredo. ¡Hay que echarse piedras en los bolsillos!

Don Segismundo. ¡Y yo que te he hecho venir en tal noche! ¿Por qué eres tan bueno, Cayetano?

Tío Cayetano. ¿Quieres callarte, Segismundo? Si yo no te sirvo para ocasiones como la presente, ¿para qué he de servirte yo? Cuando yo vi entrar a éste, y éste me dijo a lo que iba, estaba yo tomando mi taza de café, mi copa de coñac y mi vaso de agua, y allí se quedó todo.

Don Segismundo. ¡Válgame el Señor! ¡Qué trastorno! ¿Quieres tomar aquí alguna cosa?

Tío Cayetano. No; si el café y el coñac ya me los había yo bebido. Quiero decir que ni le pagué al camarero ni me ocupé de nada más que de servirte.

Don Segismundo. Que Dios te lo premie. Alfredo te habrá dicho...

Alfredo. Sí; ya sabe de lo que se trata.

Tío Cayetano. Sí; ya sé yo de lo que se trata. ¿Y qué piensas hacer, si has pensado algo?

Don Segismundo. Te diré: no he pensado más que una cosa: llamar aquí a ese joven—y de ahí que haya querido ampararme de tu apoyo moral—y pedirle primeramente, y después exigirle, si hiciera falta, que cumpla su deber de caballero. Y como el tiempo vuela, y tu tiempo es precioso, Cayetano, porque para ti no hay minuto perdido, vamos a afrontar la situación. Alfredo, ángel tutelar de esta casa, ten la bondad de ir al comedor y suplicarle a Pepín que venga; que le vamos a decir un *colmo*.

Alfredo. Ahora mismo. *Se va por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

Don Segismundo. ¡A qué amargas consideraciones se presta la vida algunas veces, Cayetano!

Tío Cayetano. Eso se me estaba ocurriendo a mí.

Don Segismundo. Ah, hombre; y dispensa mi olvido. ¡Si no sé dónde tengo la cabeza! Enhorabuena por la nueva encomienda con que han premiado tus relevantes méritos.

Tío Cayetano. ¡Psche! No tiene importancia... ¡Un botón más! Se empeñó el ministro... Si me alegro es porque me concede honores militares para mi entierro.

Don Segismundo. ¡Haga Dios que tarden mucho esos honores!

Tío Cayetano. Lo mismo estaba pensando yo.

Llega Alfredo por donde se fué.

Alfredo. Ya viene. ¿Me quedo o me marcho, don Segismundo?

Don Segismundo. ¡Te quedas! ¡Pues no faltaba más!

Alfredo. Como usted guste. Celebro quedarme; eso sí.

TÍO CAYETANO. ¡Ah, pues no faltaba más! ¡Usted se queda!

DON SEGISMUNDO. Y lo que os ruego a entrambos es que recibáis a ese bribonzuelo con el gesto más duro de que vuestro semblante disponga.

ALFREDO. Ya, ya.

Caín se deja caer en un sillón, como abatido; Alfredo pasea con cara de vinagre, y el tío Cayetano se sienta con su aire de superioridad acostumbrado. Por la puerta del foro sale Pepín muerto de risa.

PEPÍN. ¡Señores, qué *juerga!* Buenas noches, don Cayetano. Ese chico autor nos ha puesto una charada graciosísima. Figúrense ustedes que... *Reparando en las caras de todos.* Pero ¿es que pasa algo? Les encuentro las caras un poco tirantes.

DON SEGISMUNDO. Pues aun debieran estarlo más. *Se levanta.*

PEPÍN. ¿Cómo?

TÍO CAYETANO. Aun debieran estarlo más.

DON SEGISMUNDO. Alfredo, hazme el favor de cerrar las puertas.

Alfredo obedece.

PEPÍN. Me dejan ustedes atónito. ¿Se puede saber...?

DON SEGISMUNDO. Señor de Castrolejo.

PEPÍN. Señor de Caín.

DON SEGISMUNDO. *Mostrándole el plieguecillo de marras.* Yo he recibido esta carta anónima. *El tío Cayetano mira a Alfredo, Alfredo a don Segis, y éste pasa por alto las dos miradas.* Fíjese usted, por si se considera aludido.

PEPÍN. A ver...

DON SEGISMUNDO. *Lee.* «Anoche, a deshora, del balcón de una de tus hijas se descolgaba un hombre. Te lo advierto para que guardes más bien el honor de tu casa.—Un buen amigo.»

Pepín se pone lívido y traga toda la saliva que puede. Las miradas están fijas en él.

PEPÍN. No entiendo por qué me lee usted eso a mí.

DON SEGISMUNDO. ¿No tiene usted ninguna noticia del caso?

PEPÍN. Ninguna.

ALFREDO. ¿Ninguna?

PEPÍN. Ya he dicho que ninguna. Pero como usted tiene más de una hija con novio...

ALFREDO. ¡Alto allá! Amigo Pepín: usted y sólo usted fué quien se descolgó anoche de un balcón de esta casa. Yo lo vi.

PEPÍN. ¿Que usted lo vió?

ALFREDO. Que yo lo vi. Y por las trazas—y esto es lo más grave—no fuí yo sólo.

Pausa. Pepín vuelve a tragar saliva, cada vez más amarga.

PEPÍN. Bien... Yo he ocultado en un principio... porque... claro... como siempre estas cosas se abultan... Pero lo que ocurrió no tiene nada de particular... Fué que Estrella me dijo...

DON SEGISMUNDO. No se le ha llamado a usted aquí para que nos refiera el paso, que conocemos enteramente...

PEPÍN. Pues entonces no veo la tostada, y usted perdone.

DON SEGISMUNDO. Pues la va usted a ver en seguida, mi joven amigo. La fama de mi hija se ha puesto en tela de juicio; anda en lenguas... Bien claro lo prueba este papel. Usted es el responsable de ello. A usted, pues, toca, como cumplido caballero, detener en su camino a la calumnia. Arrestos me sobran para acometer cuanto mi honor exige; pero en este momento yo me olvido de mis fueros de padre, y quiero esperarlo todo de su

nunca desmentida hidalguía, de su inmaculada honorabilidad. No se lleva en balde el apellido que usted lleva.

PEPÍN. *Abrumado por la nube que se le viene encima.* Pero, bueno... Pero, entendámonos... Pero, pregunto yo... Pero... ¿Qué me quiere usted decir, don Segismundo? Porque usted debe comprender... que una chiquillada...

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho!... ¡Una chiquillada!... Califica usted el hecho perfectamente... Yo también las hice, en mi abril... Pero hay chiquilladas de chiquilladas... y algunas que en chiquilladas empiezan, en hombradas tienen que acabar. Por mi parte, ya supe no comprometer en ninguna de mis chiquilladas el quebradizo honor de una doncella.

ALFREDO. ¡Muy bien!

PEPÍN. ¿Muy bien?... ¿Quién ha dicho muy bien?

ALFREDO. Yo.

PEPÍN. No... pues no tan bien... porque... Francamente, don Segismundo... esa hombrada a que usted parece aludir... francamente... Claro que yo quiero mucho a Estrellita... y que mis intenciones siempre fueron las de casarme... pero ¡caramba!... así de golpe...

DON SEGISMUNDO. Pues ¿qué otro medio encuentra usted, así de golpe, como usted dice, para contener la calumnia que deshonra mi casa?

PEPÍN. Pero si yo creo que no hay tal calumnia...

DON SEGISMUNDO. *Mostrándole el anónimo.* ¡Voilà!

PEPÍN. Eso es un anónimo, señor...

DON SEGISMUNDO. ¿Y de cuándo acá necesitó firma la calumnia?

PEPÍN. Bueno, señor, pero... No es eso sólo... Son muchas consideraciones de otra índole... Yo necesito consultar con papá... que tiene un genio del diablo...

DON SEGISMUNDO. ¿Consultó usted con su papá para subir al balcón de mi hija?

Alfredo. ¡Muy bien!

Pepín. ¿Otra vez?

Tío Cayetano. *Levantándose en alas de la inspiración.* No, pero si hay más; si yo estoy callado porque... vamos, porque estoy callado... Pero a mí se me ocurre preguntarle a este joven: se me ocurre a mí: ¿consultó usted con su papá para subir al balcón de Estrella? ¿Eh? ¿Eh, Segismundo? ¿Consultó con su papá para subir al balcón de tu hija? ¿No le parece a usted, Alfredo? ¿Consultó con su papá...?

Pepín. No, señor don Cayetano; no consulté... Aquí lo que hay... Llevadas las cosas así... Porque, es natural, ustedes están apasionados... Yo lo pensaré... Yo veré...

Don Segismundo. Ah, ¿luego vacila usted en darme la reparación que yo esperaba de su caballerosidad y de su nobleza?

Pepín. ¿Cómo he de vacilar?... Nada de eso... Lo que es que hay cosas... mi querido don Segismundo... ¡Ésta es una escena muy violenta!... Fíjese usted... fíjese usted...

Alfredo. Usted es el que se ha de fijar en esto que yo voy a decirle; que ya me están a mí bailando los nervios al oír tantas evasivas intolerables. Yo soy en esta casa un hijo más: a usted le consta. Bueno: pues o nos da usted ahora mismo palabra de honor de que se casa con mi hermana o le pego un tiro en la cabeza.

Pepín. ¡Hombre!

Don Segismundo. Alfredo, no te pongas así...

Alfredo. Con quien no conoce su deber, así hay que ponerse.

Pepín. No... pues mire usted... lo que es con bravatas...

Alfredo. ¡Si no son bravatas!

Pepín. Yo bien claro he manifestado mis inten-

ciones... He dicho que me pienso casar... Pero yo soy soltero... yo soy un hijo de familia... Yo hablaré con papá... Yo les prometo a ustedes formalmente...

Don Segismundo. ¡Basta, Pepín, basta! No necesito oír más de tus labios. Ni podía esperar otra cosa. ¡Este cascarrabias de Alfredo es un fuguillas! Dispénsalo. Y dame a mí un abrazo fuerte: dame un abrazo en señal de paz, porque para mí tus últimas palabras, que son las de un hombre de honor, tienen toda la fuerza de una escritura pública.

Pepín, anonadado, se deja abrazar.

Tío Cayetano. Yo no quiero ser menos, en vista de que su actitud es la que corresponde. *Lo abraza.*

Alfredo. Y yo uno a esos abrazos el mío, rogándole a usted, no sólo que me perdone, sino que me considere de hoy más como su hermano. *Lo abraza también.*

Pepín. Gracias, señores... gracias...

Don Segismundo. Y ahora abriré las puertas, no alarmemos a la familia. *Abre primeramente la del foro y luego la otra, detrás de la cual aparece, temblorosa y pálida, la noble figura de doña Elvira. Rosalía está con ella.* ¡Elvira! ¿Tú aquí?

Doña Elvira. *Sinceramente conmovida.* Sí... yo aquí... Ustedes me dispensarán... Soy una madre...

Don Segismundo. Vamos... vamos... yo que no quería...

Tío Cayetano. Éste que no quería...

Doña Elvira. Hola, Cayetano...

Don Segismundo. Siéntate, tranquilízate...

Tío Cayetano. Siéntate, tranquilízate...

Alfredo. Beba usted un poco de agua.

Rosalía. Pídela tú, Alfredo.

Tío Cayetano. *A gritos.* ¡Agua! ¡Un poco de agua, en seguida! *Se va por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

ALFREDO. Deje usted; yo mismo voy por ella. *Se va por la puerta de la izquierda, corriendo.*

DOÑA ELVIRA. Deploro darles este mal rato... ustedes se harán cargo de mis sentimientos... Una cosa así... nunca había pasado en mi casa... Soy una madre que se mira en sus hijas...

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Ya no hay que hablar de ello siquiera... Ahora no hay más que estar todos contentos... ¡muy contentos!... ¿Verdad, Pepín?

PEPÍN. Sí, señor, sí... ¡contentísimos todos!

Por la puerta del foro van llegando, sucesiva y apresuradamente, y con cierta inquietud, Amalia, Fifí, Marucha, Estrella, Tomás y Emilio Vázquez. Detrás de todos el tío Cayetano. Alfredo vuelve por donde se marchó con un vaso de agua, que ofrece a doña Elvira.

AMALIA. ¿Qué sucede? ¿Qué tiene mamá?

ROSALÍA. Nada, nada...

DON SEGISMUNDO. Nada, no os alarméis.

DOÑA ELVIRA. *Besándola.* Nada, corazón, nada.

FIFÍ. Mamaíta, ¿qué es eso?

DOÑA ELVIRA. Nada, nada, cara de gloria. *La besa.*

DON SEGISMUNDO. No es nada, no es nada...

MARUCHA. Pero ¿qué le ha pasado a mamá?

ROSALÍA. Nada, no le ha pasado nada...

DOÑA ELVIRA. Nada, tesoro mío, nada absolutamente.

La besa también.

ESTRELLA. ¿Qué ha sido? ¿qué ha sido?

DOÑA ELVIRA. ¡Estrella!

DON SEGISMUNDO. Nada, nada... ¿Cómo se ha de decir?

ROSALÍA. Nada, mujer, nada...

DOÑA ELVIRA. ¡Ven acá, hija de mi sangre, ven acá! *La besa y la abraza con ardimiento.*

Tomás. ¿Se ha puesto mala doña Elvira?

Emilio. ¿Se ha puesto mala?

Don Segismundo. No, señor... son los nervios... Gracias por su atención...

Doña Elvira. Muchas gracias.

Tío Cayetano. ¿Pasó? ¿Pasó ya?

Alfredo. Ande usted, tome un poco de agua, señora.

Marucha. Pero ¿qué ha habido? ¡Porque algo ha tenido que haber para esto!...

Doña Elvira. Nada... no ha habido nada... Que yo soy muy tonta...

Don Segismundo. ¡Ha habido! ¡ha habido! ¡Yo diré lo que ha habido! ¡Esto es hijo de la emoción natural y de la alegría! Al enterarse vuestra madre de que el señor don José Castrolejo, que tanto nos honra con su amistad, quiere formalizar sus relaciones con Estrella para casarse en breve plazo, se ha conmovido profundamente...

General explosión de alegría. Todas las caras resplandecen, menos la de Pepín.

Rosalía. ¡Eso ha sido!

Alfredo. ¡Eso ha sido!

Estrella. *A Pepín.* ¡Tunante! ¡Mira qué callado me lo tenías!

Marucha. ¡Qué malo es usted! No nos había dicho una palabra.

Amalia. ¡Dame un beso, Estrella!

Marucha. ¡Y otro a mí!

Fifí. ¡Y otro a mí!

Rosalía. ¡Y a mí otro!

Doña Elvira. ¡Y ciento a tu madre!

La besan todas.

Tomás. *Abrazando a Pepín.* ¡Que sea enhorabuena! ¿No se lo anuncié yo a usted hace tiempo?

Pepín. *Balando lo mismo que un borrego.* ¡Jeeeee!

EMILIO. Reciba usted mi felicitación. Sí.

PEPÍN. Sí. Tantas gracias.

TOMÁS. ¡Pues, señores, yo reviento si me lo callo!

DON SEGISMUNDO. ¿Qué hablas tú, buena pieza?

TOMÁS. ¡Que reviento si me lo callo! ¡Que esa boda no será sola en plazo breve!

DON SEGISMUNDO. ¿Cómo?

DOÑA ELVIRA. ¿Qué?

TOMÁS. ¡Que Amalia y yo también nos vamos a casar muy pronto! *Nueva explosión de alegría.* ¿Verdad, don Cayetano?

TÍO CAYETANO. ¡Verdad, Tomasillo! *Lo abraza.*

TOMÁS. ¿Verdad, don Segismundo?

DON SEGISMUNDO. *Abrazándolo.* ¡Verdad y muy verdad!

MARUCHA. ¡Mira Amalia también! ¡A la chita callando!

DOÑA ELVIRA. Déjame que te coma, delirio de tu madre!

Besa efusivamente a Amalia. Todas sus hermanas la besan asimismo con gran júbilo.

ROSALÍA. *Aparte a Alfredo, radiante de satisfacción.* (¡Dos menos, Alfredo de mi alma! ¡Ya está más cerca nuestra dicha!

ALFREDO. *Lo mismo a ella.* ¿Cómo si está más cerca? ¡Este verano las casamos a todas!)

TÍO CAYETANO. ¡Pues yo digo otra cosa además! ¡Sí, señores! ¡Yo digo que esas dos bodas tienen ya padrino! ¿Eh? ¡Que esas dos bodas tienen ya padrino! ¡El tío Cayetano!

Aplausos.

DON SEGISMUNDO. ¡Cayetano! *Lo abraza.*

DOÑA ELVIRA. ¡Querido Cayetano! *Lo abraza también.* ¡El de siempre! ¡El de siempre!...

Extraordinaria alegría. La madre y las hijas se deshacen las caras a besos y los cuerpos a abrazos, chi-

llando de dicha, y los caballeros se abrazan jovialmente. Pepín no se da cuenta de lo que le ocurre. Emilio Vázquez abre los brazos de cuando en cuando a ver si alguien cae en ellos, porque se considera en ridículo sin abrazar a nadie.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Jardincillo de una casita de recreo en un pueblo cercano a Madrid, en la Sierra. La casa está a la izquierda del actor. Una verja de madera, pintada de verde, limita por el foro el jardín, cuya entrada se supone a la derecha. Al fondo, a lo lejos, montes y pinares. Mecedoras de rejilla y butacas de mimbre. Un velador de hierro. Es a la caída de la tarde, en el mes de agosto.

Doña Elvira, sentada en una butaca, cose. Marín aparece tras la verja del foro, y la llama.

MARÍN. Sch... sch... ¡Doña Elvira!

DOÑA ELVIRA. *Sin ver a quien la llama.* ¿Quién?

MARÍN. ¡Doña Elvira! Aquí: en la verja.

DOÑA ELVIRA. *Viendo a Marín* y *levantándose alborozada.* ¡Marín! ¡Querido Marín! ¡Qué sorpresa tan agradable!

MARÍN. ¿Dónde está la entrada?

DOÑA ELVIRA. Ahí abajo: a la vuelta.

MARÍN. Pues en seguida voy. *Desaparece hacia la derecha.*

DOÑA ELVIRA. ¡Cuánto me alegro! *Llamando a su colaborador.* ¡Segis! ¡Segis! ¡Mundito!

De la casa sale don Segismundo en traje de campo.

DON SEGISMUNDO. ¿Qué quieres, Elvira?

DOÑA ELVIRA. ¿Sabes? Marín está ahí: ahora va a entrar a vernos.

DON SEGISMUNDO. ¿Hola?

DOÑA ELVIRA. ¡Consecuencias de la postalita de Marucha! ¡Qué talento tienes!

Don Segismundo. *Saliendo con los brazos abiertos al encuentro de Marín, que asoma por la derecha.* ¡Entre usted, perdido, entre usted; que no hay perro!

Marín. ¡Ja, ja, ja! ¿Qué tal, don Segismundo?

Don Segismundo. Bien, ¿y usted, querido Marín?

Marín. ¡Como nuevo estoy! ¿Y usted, mi buena doña Elvira? Ya la veo tan simpática como siempre.

Doña Elvira. Gracias; muchas gracias.

Don Segismundo. *Ofreciéndole una butaca.* Siéntese usted.

Marín. ¡Lo que me ha costado dar con la casa! *Se sientan los tres.*

Don Segismundo. Pero ¡qué bien se ha puesto! ¿Verdad, Elvira? Es otro, enteramente.

Marín. Dígaselo usted a ella. ¿Eh? Usted creyó que no lo contaba cuando la recaída.

Doña Elvira. El que lo creyó fué usted, grandísimo aprensivo.

Marín. La verdad es que no podré olvidar nunca las atenciones que conmigo han tenido ustedes. Ni mi madre tampoco.

Don Segismundo. ¡Ah! La madre... la madre...

Doña Elvira. Pues, a pesar de todo, tunante, confiéselo usted, si Marucha no le pone una postalita llamándole al orden, aun estando esto a cuatro pasos de Madrid, se va usted a su tierra sin venir a vernos.

Marín. ¡Eso sí que no! Soy agradecido.

Don Segismundo. ¿Pero Marucha le ha puesto a usted una postal? ¡Diablo de chiquilla!

Marín. Sí, señor: insultándome. Bueno: como puede insultar Marucha.

Don Segismundo. ¡Ja, ja! Maruchita — ahora que no nos oye ninguna, y no se pueden encelar, — Maruchita es la perla de la casa.

Marín. Sí, señor, sí. ¿Y qué noticias hay de los recién casados?

DON SEGISMUNDO. ¡Mieles y rosas! ¿Cuáles ha de haber?

DOÑA ELVIRA. Para Estrella y Amalia, Pepín y Tomás son los mejores hombres del mundo; y para cada uno de ellos, su mujer es la reina de la tierra. ¡Hijas de mis amores! ¡Qué felices son!

MARÍN. ¿Y las otras, andan de paseo?

DON SEGISMUNDO. Sí; de paseo andan. ¡Lo que ellas van a sentir no ver a usted!

DOÑA ELVIRA. Ya se esperará un poco, a ver si vuelven.

MARÍN. ¡No que no! Es bonita la casa. Y el jardín es muy amplio.

DOÑA ELVIRA. La entrada, como usted habrá visto, es hermosísima. Ahí a la parte de atrás tenemos también algo de gallinero, un corralillo...

DON SEGISMUNDO. No nos faltan comodidades. Todo ello debido a la mano pródiga que nos favorece de continuo. Cayetano vió a Marucha delicadilla...

MARÍN. ¿A Marucha?

DON SEGISMUNDO. A Fifí; ha sido un *lapsus linguæ*... Y se empeñó en tomarnos esta casita para que pasásemos en ella el mes de agosto. Aquí hay montes, hay pinos, hay aires puros, buenos alimentos, buena leche... A los ocho días se le conocía el cambio a la criatura.

MARÍN. ¿Y don Cayetano, está aquí con ustedes?

DON SEGISMUNDO. Sí, señor; aquí está. Fué condición que yo le impuse para aceptar su obsequio: que había de disfrutar de la casita ocho o diez días siquiera.

MARÍN. Leí en un periódico que lo habían nombrado presidente de no sé qué Centro...

DON SEGISMUNDO. De uno de estos Centros regionales de nueva creación. Ahora se entretiene en escribir el discurso de apertura. Muy bonito lo lleva.

MARÍN. ¿Se restableció fácilmente de aquel amago de congestión?

DOÑA ELVIRA. ¡En seguida! ¡No tuvo importancia!

DON SEGISMUNDO. Algo de bilis... unos gases... Sin embargo, él anda preocupado. *En voz más baja.* Cuando usted lo vea, no se canse de ponderarle lo bien que lo halla, lo ágil y lo joven que lo encuentra... ¡Por desimpresionarlo!

MARÍN. Descuide usted: yo sé lo que se agradecen esas cosas.

DOÑA ELVIRA. ¿Y va usted a pasar aquí algunos días?

MARÍN. No, señora; he venido sólo por despedirme de ustedes. Me marcho esta noche en el último tren, y mañana saldré al fin para Asturias.

DON SEGISMUNDO. ¡Caramba!

DOÑA ELVIRA. ¡De verdad que lo siento! Pero es tan natural que sus padres tengan impaciencia por abrazarlo... Su madre sobre todo.

DON SEGISMUNDO. ¡Ah! La madre... la madre...

MARÍN. Yo no he querido parecer por allá hasta llevar cara de salud.

DOÑA ELVIRA. ¿Cenará usted con nosotros esta tarde?

DON SEGISMUNDO. ¡Ya lo creo! ¿Quién piensa en otra cosa?

MARÍN. Lo agradezco en el alma, pero...

DON SEGISMUNDO. Ese *pero* se lo guarda usted para merendar, como diría mi yerno Pepín, que es muy dado al chiste.

MARÍN. Es que en el tren me ha invitado un amigo.

DON SEGISMUNDO. ¡Pues que también venga ese muchacho!

MARÍN. No es un muchacho. Es un señor que tiene aquí a su mujer y a toda su familia...

Don Segismundo. ¡Ah!... Dígale usted que lo hemos comprometido en tales términos que no le dejamos escapar.

Doña Elvira. ¿Quiere usted enviarle dos letras?

Marín. No, no hace falta: iré yo en persona. Ya lo convenceré. Porque, la verdad, me es más grato cenar en compañía de ustedes que en la suya.

Don Segismundo. Esa preferencia nos honra.

Doña Elvira. ¿Lo esperamos a usted, entonces?

Marín. Desde luego. Él vive aquí muy cerca. Me llego en un salto, cumplo con él y vuelvo en seguida.

Don Segismundo. ¡Ajajá! Pues hasta ahora.

Marín. Hasta ahora. *Se marcha por donde salió.*

Doña Elvira y don Segismundo lo saludan con la mano, despidiéndolo. Cuando se supone que ha salido ya del jardín, doña Elvira va a abrazar a su esposo, toda regocijada.

Doña Elvira. ¡Mundo! ¡Mundito!

Don Segismundo. *Deteniéndola.* Quieta.

Doña Elvira. ¿Cómo?

Don Segismundo. Quieta.

Pasa Marín por detrás de la verja del foro, hacia la izquierda, y saluda.

Marín. Hasta ahora.

Don Segismundo. *Con extremada amabilidad.* ¡Adiós!

Doña Elvira. ¡Adiós!

Don Segismundo. Ya puedes abrazarme, Elvira.

Se abrazan, en efecto.

Doña Elvira. No acabas de sorprenderme, Mundo.

Don Segismundo. Pues estoy disgustado conmigo mismo. Decaigo, decaigo... Dos veces he querido decir una frase sobre el amor de madre, y no se me ha ocurrido nada feliz. Decaigo, decaigo...

Doña Elvira. Calla, Mundo: ¿qué has de decaer? Nuestras hijas van casándose todas a gusto nuestro, y ¿a quién sino a ti se debe el milagro?

Don Segismundo. El chispazo de la inspiración habrá sido mío, Elvira; pero la musa has sido tú.

Doña Elvira. *Enternecida.* ¿Yo?

Don Segismundo. Tú. Y el ideal lleva camino de realizarse enteramente. ¡Lástima que el apellido Caín no se perpetúe!

Doña Elvira. *Discretamente ruborosa.* ¿Qué sabemos aún?

Don Segismundo. ¿Cómo?

Doña Elvira. Que aun no sabemos...

Don Segismundo. ¿Qué?

Doña Elvira. ¿Recuerdas lo que te indiqué hace unos días en tono de chanza? Pues acaso resulte verdad.

Don Segismundo. ¿Sí?

Doña Elvira. Sí.

Don Segismundo. ¡En el nombre del Padre!

Doña Elvira. Nos ha rodeado tanta dicha estos últimos meses... hemos suspirado tanto por la felicidad de nuestras hijas... que Dios tal vez haya querido otorgarnos un nuevo premio...

Don Segismundo. *Mirando al cielo, humorísticamente.* ¡Gracias, Señor de las alturas! ¡Pero estabas cumplido con nosotros!

Doña Elvira. ¿Qué dices? Bien venga lo que sea.

Don Segismundo. ¡Oh, sí! Bien venga.

Doña Elvira. Me voy a prepararle a Marín un plato muy dulce.

Don Segismundo. Pues yo, hasta mañana ya, no vuelvo a mis cuartillas.

Doña Elvira. ¿A qué cuartillas? ¿Traduces aquí?

Don Segismundo. No. Aquí, creo. Te lo revelaré,

ya que estamos de confidencias importantes, aun haciendo traición a mi temperamento, que ama la vida interna. Estoy escribiendo... el discurso que *está escribiendo* Cayetano.

Doña Elvira. ¿Ves? ¡Y hablas de decadencia!... ¡Cuando te digo que no acabas de sorprenderme!

Don Segismundo. Pues... ¿y tú a mí? *La mira de un modo indescriptible. Ella se va por detrás de la casa, mirándolo a él con una sonrisa tan dulce como el plato que piensa prepararle a Marín.* ¡Bien, bien, bien! ¡Perfectamente bien!... ¡Mucho, señor, mucho! Ya saldrá, ya saldrá... *Pasea. Por detrás de la verja, de izquierda a derecha, atraviesa Marucha corriendo. Luego pasan Rosalía y Fifí.* ¿Adónde irá esa golondrina? Ah, que también vienen las otras. Pero, ¿y Alfredo? ¿No salió con ellas Alfredo?

Marucha. *Presentándose alborozada por la derecha.* No me lo digas, porque ya lo sé. Hemos encontrado a Marín. Va a cenar con nosotros. Alfredo se ha ido a acompañarlo para que no se pierda a la vuelta. ¿Y mamá? ¿Dónde esta mamá?

Don Segismundo. Preparando un dulce para el convidado, precisamente.

Marucha. Allá voy yo a darle una idea. *Se marcha por detrás de la casa.*

Don Segismundo. *A Fifí, que llega muy cariacontecida con Rosalía.* ¿Y a ti qué te sucede, Fifí? ¿Qué gestillo es ese de disgusto?

Rosalía. Que la viene siguiendo un pollito... y ya sabes tú lo que eso la enfada. ¡Como si fuera una vieja pilonga!

Fifí. ¡Pues no quiero, no quiero, ¡ea! no quiero!...

Don Segismundo. Mujer, pero si le has gustado al chico...

Fifí. ¡Pues no quiero!...

Rosalía. Es tonta de remate.

Fifí. ¡No quiero, no quiero!...

Rosalía. Pues eres tonta, aunque no quieras. Fíjate, papá; ahí viene él.

Fifí se vuelve de espaldas a la verja. El Pollito pasa por el foro de izquierda a derecha. Don Segismundo y Rosalía lo observan. Nuestro hombre aparece de un color y se va de otro, porque no contaba con la expectación de la familia. Cuando ya no se le ve, suelta la risa Rosalía.

Don Segismundo. No te burles, no. Tiene una apostura muy gallarda... Yo jamás he visto una quisquilla tan esbelta.

Fifí. *Gimoteando.* ¡Pues no quiero, no quiero!... ¡Todos se ríen de mí!... ¡No quiero, no quiero!... *Éntrase en la casa.*

Rosalía. ¡Lo peor es que cada día está más tonta!

Don Segismundo. Puede que eso sea lo mejor.

Rosalía. Puede. Y ya ves que le salen partidos; porque ¡como es tan mona!... Pero no se le acerca un muchacho que no se vaya haciéndole fu. ¡Jesús, qué chiquilla!

Don Segismundo. ¡Mucho; mucho! Dices perfectamente.

Rosalía. En Madrid, si ella pone un poco de gracia de su parte, entra en relaciones con aquel autor que llevó Alfredo.

Don Segismundo. Aquel autor tenía tanta gracia que era muy difícil hacerle ninguna. Sí. La verdad en su punto.

Rosalía. ¿Y el hijo del juez, que le presentó Alfredo la otra mañana? ¡Desesperado se fué el chico! Es incasable: incasable. Convéncete, papá.

Don Segismundo. ¿Incasable has dicho? ¿Incasable? Es palabra que no enseño en ningún idioma. Ni la traduzco: le tengo guerra declarada.

ROSALÍA. Pues lo que es en esta ocasión...

DON SEGISMUNDO. Ya saldrá, ya saldrá...

ROSALÍA. *Mirándolo maliciosamente.* ¿Que ya saldrá?... ¿Sabes que estoy atando cabos y que me figuro tus planes?

DON SEGISMUNDO. ¿Tú... mis planes?

ROSALÍA. Sí. Yo... tus planes. ¡Vaya!...

DON SEGISMUNDO. *Sonriente.* No lo dudo... No en balde eres mi hija... Me alegro, me alegro... Sabes que aprecio en lo que vale tu colaboración... Ya saldrá, ya saldrá... *Sacando un libro del bolsillo.* Vamos a mi banquito, a conversar un rato con mi buen amigo Platón.

Retírase por la derecha. Alfredo llega precipitadamente por la izquierda del foro, y desde detrás de la verja habla con Rosalía.

ALFREDO. ¡Rosalía!

ROSALÍA. ¿Eh? ¿Quién? Dios le ampare, hermano.

ALFREDO. Óyeme una cosa.

ROSALÍA. Dios le ampare.

ALFREDO. Vamos, mujer...

ROSALÍA. Espere un momento: voy a ver si han quedado mendrugos. ¡Brígida! ¿Hay mendrugos? Pues sabe usted que no hay mendrugos. Perdone usted por Dios.

ALFREDO. *Hechizado.* Bueno, y si no hay mendrugos, ¿no tiene usted un traguito de agua que darme, hermanita?

ROSALÍA. La contestación, este otoño.

ALFREDO. ¡Ja, ja, ja!

ROSALÍA. Oye: ¿a qué venías tan sofocado? ¿Qué has hecho de Marín?

ALFREDO. Eso me traía. Su amigo se ha empeñado, ya que no cenan juntos, en que tomemos una cerveza los tres.

ROSALÍA. ¿Y no tienes dinero?

Alfredo. ¡Guasona! Tengo un tesoro, que eres tú.

Rosalía. A mí no me tienes.

Alfredo. ¿No, verdad? La contestación, este otoño.

Rosalía. ¡Ja, ja, ja!

Alfredo. En serio: di a tus padres que no se impacienten si tardamos: que Marín corre de mi cuenta. Estoy convenciéndolo para que pierda el tren.

Rosalía. ¿Ah, sí? Bien hecho.

Alfredo. ¡Y que se quejen de mí tus hermanitas!

Rosalía. De ti no se queja aquí nadie más que yo.

Alfredo. Ya te quejarás con razón. ¡Te voy a dar muy mala vida!

Rosalía. ¿Muy mala?

Alfredo. Muy mala.

Rosalía. *Acercándose más a la verja, con zalamería.* ¿Muy mala, muy mala?... No será tanto, ¿eh?

Alfredo. *Suspirando.* ¡Ay, Rosalía!

Rosalía. Mira; vete a tomar la cerveza.

Alfredo. Es un buen consejo. Adiós.

Rosalía. Adiós. *Se queda junto a la verja viéndolo irse.*

Alfredo. *Dentro ya.* Adiós.

Rosalía. Adiós. *Le sopla un beso que pone en la palma de su mano izquierda. Después recoge graciosamente en el aire otro que se supone que le manda Alfredo; vacila entre llevárselo a la boca o guardárselo, y al fin se lo guarda diciendo:* Para postre. *Márchase por detrás de la casa.*

Sale de ella el tío Cayetano, bostezando y desperezándose, en faz de haber dormido una siesta de cuatro horas.

Tío Cayetano. Pues señor, no vuelvo a dormir más la siesta.

Don Segismundo. *Desde dentro.* ¡Hola!

Tío Cayetano. ¿Eh?

Don Segismundo. ¡Ven con Dios, hombre, ven con Dios! *Sale.* ¿Qué decías?

Tío Cayetano. Nada: que no vuelvo a dormir más la siesta. Me levanto de un humor de perros... con mal sabor de boca... se me corta la *indigestión*... ¡Bah!

Don Segismundo. A mí lo que me suele suceder es que se me paraliza el cerebro, y no puedo pensar en algunas horas.

Tío Cayetano. Igual me pasa a mí. Ahora yo no puedo pensar nada, no te creas.

Don Segismundo. Me lo explico, me lo explico perfectamente... Pero a bien que aquí no hemos venido a pensar mucho, ¿verdad, Cayetano? sino a darle al cuerpo y al espíritu un poco de expansión.

Tío Cayetano. Eso: un poco de expansión. *Bostezando.* ¡Aaaaah! Mientras más se duerme más se quiere dormir. *Se sienta.*

Don Segismundo. Yo lo que deploraría, querido, sería que te aburrieses.

Tío Cayetano. ¡Quita allá!

Don Segismundo. Esta vida en familia, apartada, serena, que para mí tiene tan grato perfume, quizás a ti, espíritu inquieto, voluntad independiente, te resulte empalagosa, sosilla... ¿No?

Tío Cayetano. ¡De ninguna manera! ¡Al revés! Pues si yo soy un hombre que... Yo... yo... Precisamente yo... A mí dame tú... Claro que uno... uno... No siempre las cosas... ¿eh? no siempre... Porque yo... yo...

Don Segismundo. ¡Es claro! Te comprendo muy bien: no porque tú hayas permanecido célibe...

Tío Cayetano. No, no; pero si eso de célibe... eso... eso es gana de murmurar que tienen algunos...

Don Segismundo. ¡Mucho; mucho! Hasta de Dios

dijeron. Me refería yo a que nada tiene que ver que tú, por los azares de la vida, hayas dejado de constituir una familia, para que puedas comprender y apreciar los encantos de la vida doméstica; lo que la familia significa para el hombre; el ánimo que le presta en la adversidad... en la desgracia...

Tío Cayetano. Ahí va, ahí va... El ánimo... el... ¿eh?... La vida doméstica... la... ¿eh? Porque hay momentos... hay momentos...

Don Segismundo. No te canses: ya sé por donde vas.

Tío Cayetano. ¿Eh? Hay momentos... ¿eh?

Don Segismundo. ¡Y dices que no se te ocurre nada cuando duermes la siesta!... En la vida hay momentos que son toda la vida. ¡Qué bien lo has visto, Cayetano!

Tío Cayetano. ¡Eso: toda la vida!

Don Segismundo. Más de una vez he hablado yo con mi mujer, y con Fifí, que es muy sentadita, de tu amargura inmensa la noche aquella en que te dió el amaguillo cerebral.

Tío Cayetano. ¡Oh!

Don Segismundo. ¡Verte solo en tu casa, sin más asistencia que la de tus criados, que por fieles que sean no pasan de ser servidores; sin una mano querida que estrechar, sin unos ojos en que fijar los tuyos y que te miraran como sólo miran los de los hijos y los de las esposas!... Horrible, horrible.

Tío Cayetano. *Inquieto, nervioso, pálido.* Horrible... es muy cierto. Te juro que pasé un ratito... Horrible, Segismundo... No me quisiera ver en otra, no.

Don Segismundo. Ni hay que pensar en ello, tonto... Por fortuna tu salud es de roble: tienes una energía juvenil que yo te envidio cordialmente... Pero, ¿me permites que te haga una pregunta, hija de una

idea que ahora mismo entra en mi cerebro, con la fuerza de la inspiración momentánea?

Tío Cayetano. Sí, hombre... ¿Por qué no? Pregunta lo que quieras.

Don Segismundo. Vas a perdonarme lo que pueda haber en ella de impertinente o de indiscreto; pero tal como se me ha ocurrido, allá va. *Mirándolo con atención, y dándole un rápido golpecillo en un hombro.* ¿Por qué no te casas?

Tío Cayetano. *Riéndose como quien se siente lisonjeado por la pregunta.* ¡Ja, ja, ja!... Por qué no me caso... No está mal... no está mal... Por qué no me caso... Me ha hecho gracia la idea... ¡Ja, ja, ja!

Don Segismundo. Sí, señor, sí: y me atrevo a repetirte la pregunta: ¿por qué no te casas?

Tío Cayetano. No, si ya lo he pensado yo muchas veces... Yo ya... ¿eh?... ya yo... ¡Pero como siempre he sido un *turista!*...

Don Segismundo. ¡Anda con Dios!

Tío Cayetano. Sí, hombre, sí: un *turista*... ¡Siempre he sido un *turista!*...

Don Segismundo. *Jovialmente.* Mira, mira, no te me vengas a mí con historias... ¿Qué es eso de un *turista?*

Tío Cayetano. ¡Pues un *turista!* ¡La palabra lo dice, señor! Un hombre que come bien, bebe bien... y le gustan las buenas mujeres.

Don Segismundo. ¡Mucho; mucho! Y es verdad: ¡siempre has sido un *turista!* Pero aun así, a pesar de esas aficiones, me declaras que muchas veces has pensado en el matrimonio...

Tío Cayetano. Ah, sí: he pensado... ya lo creo que he pensado... Antes, ¿eh? antes... ¿A mi edad ya quién...?

Don Segismundo. ¡A tu edad! ¡a tu edad! ¡Chistosa callejuela! ¡Ja, ja!

Tío Cayetano. *Halagadísimo.* ¿Te ríes, eh?

Don Segismundo. ¿No me he de reír, grandísimo *turista?* ¿No me he de reír? Tú lo sabes mejor que yo: eso de la edad es el mayor de los convencionalismos. En rigor, no hay edades. Hay quien se muere a los seis meses y quien se muere a los noventa años... ¿Cuál era el más viejo? ¡El de los seis meses, que se murió antes!

Tío Cayetano. Eso sí: eso es una verdad muy profunda. Hay quien se muere a los seis meses.

Don Segismundo. ¡Más es! ¡Hay quien teniendo veinticinco años, tiene sesenta!...

Tío Cayetano. ¡Justo! ¡te lo iba yo a decir! ¡Como hay quien teniendo sesenta...! ¿eh?

Don Segismundo. ¡No tiene más que veinticinco!

Tío Cayetano. ¡Justo! ¡justo!

Don Segismundo. ¡En mi casa, sin ir más lejos, lo ves! Rosalía es mi hija mayor: Fifí es la más pequeña: ¡pues ahí están ellas dándole un mentís a la edad! La mayor es Fifí, y la más pequeña es Rosalía. ¿Por qué? ¡Porque Rosalía tiene la ligereza y la sangre de una chicuela de quince abriles, y Fifí tiene toda la cachaza y todo el sosiego de una mujer de cuarenta años!

Tío Cayetano. Sí, sí. Ya lo he notado yo.

Don Segismundo. *Riéndose.* ¡Pero has tenido muchísima gracia! ¡La tapaderilla de la edad que se busca! ¡Ja, ja! Me voy, me voy... porque no quiero andar con viejos... no se me peguen los alifafes... ¡Está bien! ¡está bien!... ¡Lo que tú eres un empedernido *turista!...* ¡Eso es lo que tú eres! *¡Turista!* ¡Más que *turista!...* ¡Me ha hecho llorar el demonio del hombre!

Éntrase en la casa, llorando materialmente de risa. El tío Cayetano también ríe.

Tío Cayetano. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué Segismundo este!... ¿Eh? ¡Cómo se ha reído!... ¡Claro! yo... yo...

Llegan por la derecha Alfredo y Marín.

MARÍN. ¡Caramba! ¡Señor don Cayetano!...

TÍO CAYETANO. ¡Oh, señores! Queridísimo Marín, ¿qué tal va ese valor?

MARÍN. Ya parece que hemos echado la ruina fuera. Muchas gracias.

TÍO CAYETANO. ¡Vaya, hombre, vaya!

MARÍN. ¡A usted sí que lo encuentro al pelo! ¡Pero al pelo!

TÍO CAYETANO. ¿Sí, eh?

MARÍN. Sí, señor: unos colores envidiables; un aspecto de salud que da gozo. ¿Verdad, Alfredo?

ALFREDO. Como que esto le está sentando muy bien.

TÍO CAYETANO. Ah, sí: esto me está sentando muy bien.

MARÍN. Muy bien, es poco: ¡archibién! ¡Si parece usted un muchacho! ¡Qué fuego en la mirada! ¡qué lozanía! Yo, como le he visto las orejas al lobo, nada envidio ya como la salud.

TÍO CAYETANO. ¡Asomó el aprensivo! Porque éste es un aprensivo muy grande.

ALFREDO. Incorregible.

TÍO CAYETANO. No sea usted aprensivo, hombre de Dios. La ciencia ha adelantado mucho. ¡Ya se muere muy poca gente!

MARÍN. Toda la que nace, don Cayetano. ¡Pero ni con usted ni conmigo va eso ahora!

Sale de la casa Fifí. En el delantal trae un poco de trigo.

FIFÍ. *Sorprendida.* Ay, buenas tardes. No sabía que estaba usted aquí.

ALFREDO. Avisaré yo a todos. *Éntrase en la casa.*

MARÍN. ¿Cómo sigue usted?

FIFÍ. Bien, ¿y usted?

MARÍN. Perfectamente ya; muchas gracias.

Tío Cayetano. ¿Adónde vas con ese trigo, Fifí?

Fifí. A echarles de comer a las gallinas. Con permiso de ustedes.

Tío Cayetano. Aguarda, mujer, aguarda un poco. Te acompañaré yo en la empresa. ¡Ja, ja, ja! *A Marín.* Es una muchacha... pero tiene cuarenta años. Hasta ahora, querido Marín; hasta ahora.

Fifí se va por detrás de la casa, y el tío Cayetano la sigue.

Marín. Adiós, don Cayetano, adiós. ¡Qué simpática es la familia esta!

Sale Marucha de la casa.

Marucha. ¡Dichosos los ojos, amigo Marín!

Marín. ¡Oh, Maruchita! ¿Cómo va?

Marucha. Es usted muy malo, muy malo; el más malo de todos.

Marín. ¿Por qué soy tan malo?

Marucha. Siéntese usted, y se lo diré. *Se sienta ella.* ¿O es que está usted ya rabiando por irse? ¿Nos va usted a hacer visita de médico?

Marín. Todo lo contrario: de enfermo.

Marucha. *Con interés mimoso.* ¿De enfermo?...

Marín. De enfermo... ya curado y agradecido.

Marucha. ¡Ah! Me asustó usted. Vamos, ¿no se sienta?

Marín. ¿Cómo no?

Marucha. ¡Ay, qué lejos! ¿Usted se cree que yo me como a los asturianos?

Marín. ¡Ojalá! *Se sienta cerca de ella.* Todos los asturianos, desde don Pelayo inclusive, se dejarían comer por usted.

Marucha. ¿Sí, verdad? ¡Mira qué malo ha salido de las calenturitas! ¡Pícaro! ¡Más que pícaro! Si no paso el bochorno de escribirle yo una postal, no viene usted a despedirse. ¡Malo! ¡Con los calditos que yo le preparaba!...

MARÍN. Pero, Maruchita, ¿de veras cree usted que iba yo a despedirme a la francesa?

MARUCHA. Y tan de veras como lo creo.

MARÍN. Ah, pues no: modifique usted su juicio sobre mi persona, porque entre mis innumerables defectos, el de ser ingrato no cuenta. Se lo aseguro a usted.

MARUCHA. ¿Y el de ser hipócrita?

MARÍN. Ése, menos: no sé fingir. Por eso, a veces, paso por huraño y adusto; porque no sé fingir.

MARUCHA. ¡Anda! Se ha puesto serio.

MARÍN. Para que usted me crea. Y porque es bien serio lo que siento. La gratitud que me liga a ustedes durará lo que dure mi corazón.

MARUCHA. Ay, lo que se me ocurre...

MARÍN. ¿Qué?

MARUCHA. Nada; no se lo digo... Soy muy tonta. Siga usted hablando, Marín.

MARÍN. Yo no puedo olvidar que, en una crisis de mi vida, me he visto enfermo, lejos de mis padres, y de mi casa, y de mis montañas... y que su madre de usted, Marucha, velándome la fiebre a la cabecera, alguna vez llegó a parecerme la mía. Esto yo no puedo olvidarlo.

MARUCHA. ¡Qué bueno es usted, Marín! Pero ¡qué bueno, qué bueno! Aquello de malo que le dije antes era de broma. Yo no he visto nunca un hombre más bueno.

MARÍN. Bueno o malo, Marucha, ingrato es lo que desde luego no soy. Puede usted creer que, si dejo a Madrid con pena, es sólo por ustedes.

MARUCHA. ¿Por ustedes? ¿Y quiénes son ustedes?

MARÍN. Ustedes: sus padres, sus hermanas, usted...

MARUCHA. Usted... no es ustedes.

MARÍN. ¡Claro! Usted es usted.

Marucha. Yo.

Marín. La firmante de la postalita, gracias a la cual estoy yo aquí.

Marucha. No sea usted malo, que ya le he dicho a usted que es bueno. Y no finja usted: que lo que menos le importa de Madrid es la firmante de la postalita.

Marín. Le repito a usted que no finjo. Cuando no siento una cosa, no la digo jamás.

Marucha. Entonces, yo no sé qué pensar de usted... ¡Ay, qué hombre más malo!

Marín. Pero veo que otorga usted títulos de bondad y de maldad con gran ligereza.

Marucha. No, señor; sino que si usted se va de Madrid apenado porque me ha conocido y siente dejarme... pues usted es muy malo, Marín.

Marín. ¿Malo porque siento dejarla a usted? Pues ¿no era malo porque me iba tan fresco, según usted creía?

Marucha. Sí, es verdad; y es usted muy bueno.

Marín. ¿Muy bueno?

Marucha. Muy bueno. Pero... francamente... me mira usted de un modo, que es usted muy malo.

Marín. ¿Vamos a dejarlo en regular?

Marucha. Eso es: regular de malo y regular de bueno. Con unos granitos más de malo.

Marín. ¡Ja, ja, ja!

Marucha. ¿Y yo, cómo le parezco a usted? ¿Mala o buena?

Marín. Muy mala.

Marucha. ¡Qué pronto lo ha dicho! Pero eso es broma; es usted muy malo; porque si le pareciese tan mala... no le importaría a usted dejarme. Ya lo cogí.

Marín. Efectivamente; me cogió. No hay réplica.

MARUCHA. No; de verdad. En serio, como se puso usted antes, Marín: ¿qué le parezco a usted?

MARÍN. ¡Preciosa!

MARUCHA. ¡Ay, qué malo!

MARÍN. Tan preciosa, Marucha, tan atractiva...

MARUCHA. Por Dios... Leopoldo... no me vaya usted a decir una cosa muy mala que le estoy leyendo a usted detrás de los ojos...

MARÍN. ¿Y es muy mala esa cosa, Marucha?

MARUCHA. No... muy mala, no; regular de mala también.

MARÍN. Como yo, entonces: eso le probará a usted que es sincera.

MARUCHA. Pero, de todos modos, no me la diga usted ahora... que me va a dar muchísimo *pavo*...

MARÍN. Si usted ya la ha leído, ¿para qué tengo yo que decírsela?

MARUCHA. ¿Y si me he equivocado en la lectura, Marín?

MARÍN. No; no se ha equivocado usted, Maruchita.

MARUCHA. ¡Ay, qué malo! Digo, no; ¡ay, qué bueno!... ¡Jesús bendito! El tío Cayetano viene ahí... Y nos va a ver juntos... y se va a pensar cualquier cosa muy mala... Yo me marcho... Leopoldo... Hacia allá, ¿sabe usted?... Voy a sentarme en aquel banquito... Usted haga lo que quiera... Cogeré mientras una flor y le preguntaré una cosa... *Se retira por la derecha, sin dejar de mirar a Marín.*

MARÍN. ¡Es encantadora esta chica! ¡Qué atractivo tiene! Me da el corazón que he hecho un viaje completo.

Sale el tío Cayetano por donde se marchó.

TÍO CAYETANO. ¿Qué es eso, hombre? Pero ¿aun está usted aquí solo?

MARÍN. No, señor, no; estaba bien acompañado.

Hablaba con Marucha, que se ha ido allá... a coger unas flores...

Tío Cayetano. Ah, vamos, con Marucha. Es verdad, sí; allá la veo. A coger flores, ¿eh?

Marín. Ocupación de jóvenes, don Cayetano.

Tío Cayetano. Justo, sí; eso iba yo a decirle: los jóvenes, ¿eh? a coger flores. ¿Eh? ¡A coger flores!

Marín. Pues todavía puede usted coger alguna. ¡Porque usted se conserva que es un gusto!...

Tío Cayetano. ¿Sí, eh?... Hombre, yo... la verdad... Oiga usted, yo siempre he pensado que eso de la edad no existe...

Marín no quita ojo al sitio por donde Marucha se fué.

Marín. ¿Que no existe la edad?

Tío Cayetano. No existe, no... porque... Usted vea: hay quien se muere a los seis meses y quien se muere a los noventa años... ¿eh? ¿Cuál es el más joven? ¡Pues el de noventa años... porque el otro se muere antes! ¿Eh? ¿eh?

Marín. Sí, señor, sí. Temo que Maruchita se aburra. Voy allá...

Tío Cayetano. En esta casa misma está el ejemplo: la mayor de las muchachas es Rosalía, y Fifí es la menor. Bueno, pues... ¿usted no lo ha notado? ¡Fifí parece que tiene cuarenta años, y Rosalía diez y seis!... ¿Eh? ¿eh? ¿eh?

Marín. Ah, justo, sí: esa observación es muy buena.

Tío Cayetano. ¿Eh? Rosalía...

Marín. Que sí, que sí: Rosalía es la menor siendo la mayor, y Fifí la mayor siendo la menor. Entendido. Pero Maruchita es el término medio, que es el mío por ahora. Dispénseme usted, querido amigo. *Se va con Marucha.*

Tío Cayetano. ¡El término medio! ¡Qué gracioso! Ya yo se lo iba a decir... pero él se anticipó.

Salen de la casa Alfredo y Rosalía.

Rosalía. Aquí te pillo, aquí te cojo.

Tío Cayetano. ¿Eso es a mí?

Alfredo. A usted, a usted mismito.

Rosalía. Prepárese usted: se trata de un tiro a quema ropa.

Tío Cayetano. ¿De un tiro?

Alfredo. Sí, señor.

Rosalía. Verá usted el asunto: Alfredo me quiere un disparate.

Alfredo. La quiero un disparate.

Rosalía. Yo lo quiero a él otro disparate.

Alfredo. Ella me quiere a mí otro disparate.

Rosalía. Y otro disparate que pensamos hacer este otoño...

Alfredo. Son tres disparates.

Rosalía. ¿Usted apadrina tantos disparates?

Tío Cayetano. ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya una preguntita salada! ¡Eso no había ni que tratarlo!

Rosalía. ¡Ole mi tío, qué retebueno es! Deme usted un abrazo muy fuerte, muy fuerte, muy fuerte.

Tío Cayetano. *Abrazándola.* ¿No se enfadará Alfredo?

Alfredo. No, señor; porque después de abrazarla a ella me abraza usted a mí, y yo me quedo con los dos abrazos.

Tío Cayetano. *Abrazándolo.* ¡Ja, ja, ja! ¿Conque para el otoño, ¿eh?... para el otoño?

Rosalía. Para el otoño, sí.

Alfredo. ¡Gracias a Dios que voy a casarme!

Rosalía. Que vamos a casarnos; no me dejes fuera en las gracias a Dios.

ALFREDO. ¡Como que los dos soñamos con ese día!

TÍO CAYETANO. Sí; realmente... ¿eh?

ALFREDO. Realmente, tío Cayetano, dadas nuestras costumbres y la sociedad en que vivimos, es el único estado en que se puede pasar bien.

ROSALÍA. Se suele pasar mal; pero es el único en que se puede pasar bien.

TÍO CAYETANO. Sí, es el único... sí... Ya... yo...

ALFREDO. La soltería, sobre todo para los hombres, está erizada de peligros.

ROSALÍA. ¡Erizada!

TÍO CAYETANO. Sí... sí está erizada.

ALFREDO. La vida entre criados o de hotel en hotel, es aburridísima, fastidiosa...

ROSALÍA. Y lo peor no es eso: sino que a última hora se encapricha usted con una fregona de buen palmito... o con una lagarta...

ALFREDO. Y acaba por hacer viejo mal lo que joven pudo hacer bien.

TÍO CAYETANO. Sí... eso lo he dicho yo mil veces: de viejo se hace mal lo que de joven se hace bien.

ALFREDO. Como otros peligros inevitables y tremendos. Ya ha visto usted ese pobre señor de que ayer hablaban los papeles.

ROSALÍA. Una cosa horrible: ¡le han cortado el pescuezo entre el ayuda de cámara y el pinche de cocina!

ALFREDO. ¡Por vivir solo como un hongo! ¿No lo ha leído usted?

TÍO CAYETANO. ¡Ni lo leo! Luego en la siesta es ella: se me representa todo junto... y no duermo tranquilo.

ALFREDO. Por eso yo, tío Cayetano, este otoño, al pueblo con mi mujercita. A trabajar allí como un hombre... y a vivir contento y en paz.

ROSALÍA. ¡Y el que quiera más felicidad, que la pinte!

TÍO CAYETANO. Que la pinte, ¿eh?... que la pinte.

Sale Fifí por detrás de la casa y atraviesa hacia la derecha.

ALFREDO. Que la pinte. ¿Adónde vas, Fifí?

TÍO CAYETANO, ¡Fifí! ¿Adónde vas?

FIFÍ. Allí con Marucha.

TÍO CAYETANO. Ven acá, mujer.

ROSALÍA. Ven acá.

FIFÍ. No, que está ahí Alfredo y se burla de mí. *Vase.*

ALFREDO. ¡Qué chiquilla!

TÍO CAYETANO. Es una chiquilla; pero tiene cuarenta años.

ALFREDO. Tiene más.

TÍO CAYETANO. ¿Tiene más, eh?

ALFREDO. En bondad y en sentido práctico de la vida y de las cosas, tiene más.

ROSALÍA. ¡Es una señora mayor!

TÍO CAYETANO. ¡Ja, ja, ja! ¡Dice que es una señora mayor!...

ALFREDO. Mire usted, tío Cayetano: a mí me han derretido los sesos los ojos de mi novia, pero no por eso dejo de comprender que la perla de la casa es Fifí.

TÍO CAYETANO. Fifí... ¿eh?... Fifí... ¿Vamos allá a enredar un rato?

ALFREDO. Vamos allá.

TÍO CAYETANO. *Del brazo de Alfredo.* ¡Niñas! ¡niñas! ¿Hay sitio para este par de mozos?

Se van por la derecha los dos. Rosalía que va a seguirlos, se detiene al ver salir a don Segismundo de la casa, y se acerca a él.

ROSALÍA. Papá.

DON SEGISMUNDO. Hola, secretaria. ¿Qué quieres?

ROSALÍA. Haces muy bien en no enseñar en ningún idioma la palabra incasable. Eres un genio, aunque yo sea tu hija. Y Alfredo te ha salido un discípulo que ya, ya. Acaba de decirle al tío Cayetano que Fifí es la perla de la casa.

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja!

ROSALÍA. Como tengamos hijas, lo que es a ése no se le quedarán solteras. Voy con él. *Márchase por la derecha.*

DON SEGISMUNDO. ¡Bien; muy bien! ¡Perfectamente bien! ¡Mucho, señor, mucho!... Ya salió, ya salió... *Asomándose por detrás de la casa.* ¡Elvira! ¡Elvira!

Sale doña Elvira.

DOÑA ELVIRA. ¿Qué quieres, Segis?

DON SEGISMUNDO. Echa la vista hacia aquel banco, pero sin mirar... Como si tuvieses puestas las gafas negras.

DOÑA ELVIRA. ¡Todos allí!

DON SEGISMUNDO. ¡Todos! ¡Por parejas, Elvira!

Los dos miran disimuladamente.

DOÑA ELVIRA. Fifí, el ángel mío, con Cayetano... ¿verdad?

DON SEGISMUNDO. Y Maruchita, el otro ángel tuyo, con Marín.

DOÑA ELVIRA. Pero ¿será posible, Mundo?

DON SEGISMUNDO. Pues ¿no lo ves claro, mujer?

DOÑA ELVIRA. ¡Lo de Cayetano sería demasiada ventura! ¡Un hombre de su posición y de sus prendas!

DON SEGISMUNDO. Pues dalo por hecho. Cayetano no piensa más que lo que a mí se me antoja que piense. ¿Tú te haces cargo?... Todas las mañanas, hasta que se case, como quien le da la ropa interior, le daré las ideas que hayan de llevarlo a la Vicaría... Ese es mi cuidado. Y no creas sino que le hacemos un gran servicio. A él y a Fifí.

DOÑA ELVIRA. ¡Hija de mi alma!

DON SEGISMUNDO. Serán felices... serán felices... Y si Dios les concede algún hijo, no será tonto. Porque como fuerzas iguales se destruyen...

DOÑA ELVIRA. No te entiendo, Segis.

DON SEGISMUNDO. En este punto, basta con que me entienda yo.

DOÑA ELVIRA. ¿Te parece que los llamemos para ir hacia la mesa?

DON SEGISMUNDO. ¿Todo está listo ya?

DOÑA ELVIRA. Todo.

DON SEGISMUNDO. Pues a la mesa entonces, que en la mesa se fortifica el amor: se alimenta... y bebe. *Llamando.* ¡Jóvenes!

DOÑA ELVIRA. Llama también a Cayetano.

DON SEGISMUNDO. ¡Si por él he dicho lo de jóvenes!

DOÑA ELVIRA. Ya.

DON SEGISMUNDO. ¡Jóvenes!

TÍO CAYETANO. *Dentro.* ¿Qué pasa?

DON SEGISMUNDO. *A doña Elvira.* ¿Ves? *A los otros.* ¡Que la mesa espera! ¡Que no se vive sólo de ilusiones! ¡Que los viejos, por lo menos los viejos, tenemos apetito!

Se oyen dentro grandes carcajadas de todos y algunos aplausos.

DOÑA ELVIRA. ¡Andad, andad hacia la mesa!

DON SEGISMUNDO. Son dichosos, Elvira. No hay que dudarlo.

Aparecen Marín y Marucha.

MARÍN. En esta casa, don Segismundo, las horas se vuelven minutos.

DON SEGISMUNDO. Eso quiero yo; eso quiero yo.

MARUCHA. Venga usted, Marín, que lo voy a sentar a mi lado.

MARÍN. ¡Aunque me cuelgue usted del techo estaré contentísimo!

Entran en la casa. Don Segismundo y doña Elvira, que los contemplan hechizados, se miran luego sonrientes, con veinticinco comentarios en cada ojo. Salen el tío Cayetano y Fifí.

TÍO CAYETANO. ¿Eh, Fifí? ¿Lo apruebas, Fifí? Oye, Segismundo, le digo yo a Fifí, que si ese muchacho Marín se quedara un día más, haríamos mañana una excursión en burro. ¡Se me ha ocurrido eso! ¿Eh? ¡Una excursión en burro!

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Una excursión en burro... Muy oportuna idea...

FIFÍ. ¿Iremos a las peñas, tío Cayetano?

TÍO CAYETANO. ¡Iremos adonde tú guíes! Y ahora... ahora... ¡a hacer por la vida!

Éntrase en la casa con Fifí. Los esposos vuelven a mirarse como antes. Salen Alfredo y Rosalía.

ROSALÍA. Papá, mamá: dice Alfredo que esta noche pierde Marín el tren; y digo yo que mañana se cae el tío Cayetano de su burro.

Risas generales.

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Eso es de buena ley.

ALFREDO. Don Segismundo: doña Elvira...

DOÑA ELVIRA. ¿Qué?

ALFREDO. Ya pueden ustedes decir lo que gusten... y yo también; pero el que se lleva la perla de la casa, soy yo.

Nuevas risas. Éntrase en la casa con Rosalía.

DON SEGISMUNDO. Está bien... está bien...

DOÑA ELVIRA. ¡Mundo!

DON SEGISMUNDO. ¡Elvira!

DOÑA ELVIRA. ¡Conseguido nuestro ideal!

DON SEGISMUNDO. ¡Que se lo doy yo a los conquistadores de América!

DOÑA ELVIRA. ¿Le pides algo a Dios en este momento?

DON SEGISMUNDO. ¡Sí! Que sean tan felices como nosotros... y que *eso*... ¡sea varón!

Se cogen del brazo y se encaminan hacia la casa.

FIN DE LA COMEDIA

Santander, agosto, 1908.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de Él.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias.

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita, nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto. Lo que tú quieras.

ZARZUELAS

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijo!—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.

MONÓLOGOS

Palomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.

VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los galeotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y Cortadillo.

Pompas y honores, *capricho literario en verso. Fernando Fé, Madrid.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.*

La madrecita, *novela corta.*

EDICIÓN ESCOLAR:

Doña Clarines y Mañana de sol. *Edited with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California.—Heath's Modern Language Series.—Boston, New York, Chicago.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

I Galeoti.—Il patio.—I fiori (*Las flores*).—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze (*La Zagala*), por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

Anima allegra (*El genio alegre*), por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.

Le fatiche di Ercole (*Las de Caín*), por Juan Fabré y Oliver.

I fastidi della celebrità (*La vida intima*), por Giulio de Medici.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio (*Amor a oscuras*), por Luigi Motta.

Il centenario, por Franco Liberati.

Donna Clarines, por Giulio de Frenzi.

Ragnatelle d'amore (*Puebla de las Mujeres*), por Enrico Tedeschi.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Iettatura (*La mala sombra*).—Anima malata (*Herida de muerte*).—Chi mi ricorda lei? (*¿A quién me recuerda usted?*), por Gilberto Beccari y Luigi Motta.

AL VENECIANO:

Slora Chiareta (*Doña Clarines*), por Gino Cucchetti.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), por Carlo Monticelli.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).—Lebenslust (*El genio alegre*), por el Dr. Max Brausewetter.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. Gustavo Rohde.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por Mary v. Haken.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. Borzia.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por Georges Lafond y Albert Boucheron.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por N. SMIDT-REINEKE.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*), por JOÃO SOLER.

AL INGLÉS:

A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por MRS. LUCRETIA XAVIER FLOYD.

Malvaloca, por JACOB S. FASSETT, JR.

By their words ye shall know them (*Hablando se entiende la gente*), por JOHN GARRETT UNDERHILL.

LIBRERÍA «FERNANDO FÉ»

PUERTA DEL SOL, 15

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

PRADO, 24

